





[www.libreriamiranda.com](http://www.libreriamiranda.com)









# TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO

DE

DOÑA MATILDE DEBZ,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID: 1849.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**  
calle de Hortaleza núm. 67.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

---

DOÑA AURORA. . . . .	<b>D.<sup>a</sup> M. Díez.</b>
GABRIEL ESPINOSA. . . . .	<b>D. J. Romea.</b>
DON RODRIGO DE SANTILLANA, Al- calde de casa y corte. . . . .	<b>D. A. Barroso.</b>
DÓN CESAR DE SANTILLANA, capi- tan de ginetes del primer tercio de Flandes. . . . .	<b>D. F. Romea.</b>
ARBUÉS. . . . .	<b>D. P. Sobrado.</b>
BURGOA Y NAO D'ANDRADE. . . . .	
EL MARQUÉS DE TAVIRA . . . . .	
EL DOCTOR N. . . . .	
UN ESCRIBANO. . . . .	
UN ALGUACIL. . . . .	
UN CRIADO DE BURGOA. . . . .	

*Alguaciles, soldados y criados.*

---

*La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid: y en el tercero en Medina del Campo en el año de 1594 de N. S. J. C.*

---

Este drama es propiedad de los Directores de la Agencia general Hispano-Cubana de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun está prevenido en Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839 y 4 de marzo de 1844.

# ACTO I.

*Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo que da al exterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.*

## ESCENA PRIMERA.

*BURGOA, que aparece, un CRIADO que sale por el fondo.*

CRIADO. Señor amo.

BURG. Qué hay?

CRIADO. Un hombre.

BURG. Qué quiere?

CRIADO. Veros.

BURG. Que pase.

CRIADO. Entrad aquí, Seor hidalgo.

## ESCENA II.

*BURGOA y el MARQUÉS embozado.*

MARQ. Buenas noches.

BURG. Dios le guarde.

MARQ. Eres tú el huespéd?

BURG. Yo soy.

MARQ. Luis Burgon?

BURG. Y Nao d'Andrade.

MARQ. Portugués?

BURG. Lo canta el nombre:  
de Alfones en el Algarbe.

MARQ. Paisanos somos.

BURG. ¿Sois vos  
tambien...?

MARQ. Escúchame y cállate.

BURG. Callo y escucho.

MARQ. Esta noche  
vendrá á pedir hospedage  
en esta posada un hombre,  
cuyas señas voy á darte  
para que no le equivoques.  
Edad, cuarenta años: trage  
negro, cabello rapado,  
barba crecida, semblante  
pálido, mirada de águila,  
sonrisa triste, andar grave.

BURG. Con tantas, señas, señor  
que le equivoque no es fácil.

MARQ. Aun faltan mas; una dama  
en su compañía trae  
de apenas diez y siete años,  
y haciendo veces de paje  
viene sirviéndoles á ambos  
un veterano de flandes,  
en quien, por mas que se afana  
por tosko labriego en darse,  
se revelan á la legua  
las costumbres militares.  
Lo mismo sea sentirles  
á tus puertas acercarse,  
con luz y sombrero en mano  
saldrás hasta los umbrales:  
mandarás de sus caballos:  
cuidar, y sus equipages  
subir á los aposentos  
mejores que puedas darles.  
Les servirás á su antojo  
los mas sabrosos manjares

y los vinos más añejos,  
y entre tanto que ocuparen  
cuarto en tu posada, en ella  
no recibirás á nadie.

Yo toda entera la alquilo  
para ellos. Ahí va parte  
del gasto que hacerte puedan:  
cuando esa suma se acabe  
te rellenaré esa bolsa:  
lo que sobre, para gages  
del hiesped y de los mozos.

Adios y silencio Andrade.  
Un momento, caballero.  
¿Y si ese hombre preguntáre  
quién paga su gasto?

MARQ. Nada  
digas.

BURG. ¿Y si se obstinase  
en saberlo?

MARQ. Guardarás  
silencio: y la cuenta al darme  
tu silencio y sus porfias  
pondrás como cantidades  
en guarismos, y yo, solo  
veré las sumas totales.

Pero ten cuenta, Burgoa:  
porque el oro que aquí ganes  
crecerá con tu prudencia  
y te se irá con tu sangre;  
porque indiscrecciones de oro  
con hierro es bien que se atajen,  
y fortuna que se canta  
siempre se la lleva el aire.

BURG. Señor...

MARQ. Adios, que no quiero  
que aquí, si llegan, me hallen.

(Vase.)

### ESCENA III.

BURGOA, despues DON CESAR.

BURG. Aventura mas estraña!  
alguna apuesta: algun lance

de amor: pero ¿qué me importa  
á mí? Lo que es indudable  
es que el bolsillo está lleno  
de dobillas: ¿para gajes  
las que sobren? bah! lo menos  
ciento por veinte. Adelante.

CE SAR. Buenas noches. (Saliendo.)

BURG. Qué se ofrece?

CESAR. Hablar con el dueño.

BURG. Habladle.

CESAR. Eres tú?

BURG. Yo mismo.

CESAR. ¿Estamos

solos?

Sí.

BURG. Atento estáme.

CESAR.

Tres personas á tu puerta

vendrán muy pronto á apearse;

un hombre galan, de pálido

rostro y de noble talante,

una dama tan hermosa

como pintan á los ángeles;

y un escudero que tiene

mezcla de asistente y paje.

Dáles lo mejor que tengas,

como á príncipes regálales:

lo que no poseas, cómpralo

y en el precio no repares.

Ahí tienes doscientos pesos

en oro: cuando los gastes

en su servicio, me pides

más, y si sobran por gajes

te los embolsas, con ceros

sumas y cuentas cabales.

BURG. Caballero perdonad:

pero habeis llegado tarde.

CESAR. No te entiendo.

BURG.

Un embozado

que salia cuando entrábais

os ha ganado la mano,

y para esos personajes

por quien os interesais,

con palabras semejantes  
 á las vuestras ha alquilado  
 y pagado el hospedaje  
 de mi casa con el oro  
 de este bolsillo: miradle.

CESAR. ¿Y quién era ese embozado?  
 BURG. No le conozco.

CESAR. ¿Su traje  
 su porte, ni sus palabras  
 indicios no pueden darte  
 de quién sea?

BURG. No, señor  
 militar: ni su semblante  
 vi jamas, ni haber oido  
 recuerdo en ninguna parte  
 su voz.

CESAR. Es jóven ó viejo?  
 BURG. No le habeis visto?

CESAR. En la calle  
 estabaj ya cuando yo  
 llegaba á tu puerta, y casi  
 no puse atencion en él.

BURG. Es un señor respetable  
 de barba gris, noble y rico.

CESAR. ¿Noble y rico? ¿de qué sabes  
 que lo es si no le conoces?

BURG. Dan en él lo muy bastante  
 á conocer la riqueza  
 su oro y su modo de darle,  
 y la nobleza, ademas  
 de su tono y de sus frases,  
 el aroma que se exhala  
 de su valona y sus guantes.

CESAR. Pues señor; como ha de ser!  
 digiste bien: luego tarde.  
 Réstame, pues, solamente  
 mis ofertas reiterarte:  
 emplea ese oro á gusto  
 de quien le dá, y lo que falte  
 yo lo abono: y á otra cosa  
 que el tiempo vuela. Melquiades  
 acomoda los caballos

en la cuadra.

BURG. Dispensadme  
capitan : no puede ser.

CESAR. Por qué?

BURG. Porque no hay vacante,  
un solo pesebre en ella.

CESAR. Pues en ese caso dame  
un cuarto á mí y una cama,  
y que se vaya Melquiades  
con los caballos.

BURG. Tampoco  
puedo servirós.

CESAR. Vergante!  
intentas burlas conmigo?

BURG. ¡Dios me libre de burlarme  
de tan gallardo mancebo!  
Mas tengo órden terminante  
de aquel embozado incógnito  
de no recibir á nadie

por esta noche en mi casa,  
mas que á ellos. Escusadme  
pues capitan.

CESAR. (Se sienta.) Pues entonces  
dame un bocado que el hambre  
me satisfaga y un trago  
que me remoje las fáuces.

BURG. Señor, todo está comprado  
y nos cansamos en balde.  
Pues que por esos viajeros  
os interesais, dejadles

libre la casa, y no hagais  
que yo á mi palabra falte.

CESAR. El caso es que á mi me importa  
en esta casa quedarme  
por esta noche y es fuerza  
que me quede.

BURG. Pues en grave  
compromiso me poneis  
si os quedais, y por mi parte  
por cuantos medios me ocurran  
estoy dispuesto á evitarle.

CESAR. ¿De modo, que te propones

en la plazuela plantarme en una noche como esta con frio tal, oro y hambre?

BURG. Si señor.

CESAR. Sin mas razones?

BURG. Os llevo dadas bastantes.

CESAR. Pues señor, lo siento mucho; mas fuerza es que te se alcance, pues no eres tonto, que cuando nuestro empeño semejante en hospedarme en tu casa, no vine para marcharme de ella otra vez despedido como un buhonero errante.

BURG. Pues mirad como ha de ser.

CESAR. Así: toma, y lee si sabes. *(Le dá un papel.)*

BURG. Y qué es esto?

CESAR. Lee.

BURG. *(Leyendo.)* «Dará  
«Luis Burgoa Nao d' Andrade  
«alojamiento en su casa  
«número dos de la calle  
«de la Antigua, al capitan  
«del primer tercio de Flandes  
«don Cesar de Santillana  
«con seis ginetes.»

CESAR. Cabales,

Burgoa, en nombre del Rey  
vas á ofrecermelo de balde  
lo que por oro me niegas.

BURG. La boleta haré que os cambien  
á cualquier costa

CESAR. Será  
trabajo inútil: es tarde.

BURG. No importa: tengo dineros  
y muy buenas amistades  
hoy en el Ayuntamiento.

CESAR. Pues Burgoa, no las canses  
inútilmente esta noche:  
por que á mas de que es mi padre  
juez de la chancilleria

y de casa y corte alcalde,  
tengo seis hombres abajo  
y un escudero, incapaces  
de obedecer otras órdenes  
que las que yo quiera darles,  
que del umbral de la puerta  
no permitirán que pases.  
Con que cede á mis razones  
que son á fé terminantes,  
y dame luz, cena y cuarto,  
que con ese personaje  
misterioso, seré yo  
solamente el responsable  
de todo, en nombre del Rey.  
Callo al Rey.

BURG.

CESAR.

Y muy bien haces  
que contra el Rey nadie es cuerdo  
en oponerse. Melquiades,  
toma luz y desensilla  
á Bayardo: á acomodarme  
voy en algun cuarto bajo  
para que cuando llegaren  
esos huéspedes, en casa  
ya pagada no me hallen.  
Capitan, pues no hay remedio,  
yo os ruego con la más grande  
humildad, que os alojéis  
en una sala que cae  
al huerto que tengo á espalda  
de la casa.

CESAR.

Que me place  
te digo el alojamiento.  
Vamos allá.

BURG.

(*Los dos á la puerta.*) Hacia esta parte  
y en el fin del corredor  
vereis una puerta grande  
que dá sobre otra escalera:  
tomad el farol que arde  
en el descanso; bajadla,  
y Andres os dará la llave  
de vuestro cuarto y decidle  
que á vuestras gentes os llamo:

Yo os enviaré buena cena  
y fuego.

CESAR. Dios te lo pague. (Váse.)

#### ESCENA IV.

BURGOA, despues DON RODRIGO.

BURG. ¿Santillana y capitán,  
y de los tercios de Flandes  
y con la boleta en regla  
y espada de gavilanes  
quién le resiste? El incógnito  
se hará cargo del percance  
y tendrá su compañía  
que sufrir y resignarse.  
Contra el Rey nadie es valiente.

ROD. Há de esta casa! (Entrando.)

BURG. Adelante.

ROD. Sois el dueño de ella?

BURG. Soy

Luis Burgoa.

ROD. Dios le guarde.

BURG. Mil gracias: lo mismo digo.  
Qué se ofrece?

ROD. Que oiga y calle.

Esta noche á esta posada  
vendrá un viajero á apearse  
con una dama encubierta  
y un escudero; hospedadles  
con mucho agrado y servidles  
sin dudar cuanto demanden;  
su gasto corre por cuenta  
del Rey: y desde el instante  
en que vuestra casa ocupen,  
de ellos, de sus equipages  
y cnanto les pertenezca  
sereis vos el responsable.

Dejareis entrar á todos  
los que por él preguntáren;  
á todos, quien quier que fueren:  
mas no dejareis á nadie

volver á salir. Abajo  
teneis unos militares  
alojados, y las órdenes  
competentes voy á darles  
para que os presten auxilio  
y en caso de apuro guarden  
las puertas: conque silencio  
y á Dios: volveré mas tarde.

BURG. Señor, vuestra autoridad  
sea cual fuere, escusadme  
que os pregunte á quien la honra  
tengo de hablar.

ROD. Al Alcalde  
Rodrigo de Santillana.

BURG. Jesucristo!

ROD. Dios le guarde.

**ESCENA V.**

BURGO

Dios nos asista! con un  
Santillana era bastante  
para su mal: pero juntos  
el capitan y el alcalde  
pisándoles los talones?

Ya, ya estan frescos los tales  
viajeros. Los Santillanas...  
raza de réprobos: aves  
de mal agüero: golillas  
todos: buhos de las cárceles  
y de las horcas, que solo  
pronosticar pueden males.  
Santillanas... ¡fuego en ellos  
y en quien á casa los trae!  
No hay Portugués que no tenga  
con ellos cuentas. Mas basté:  
que Dios dirá. Gente llega.

Andrés! (Al ir á entrar por el fondo sale  
Arbués de viage, entodado.)

ESCENA VI.

BURGOA, ARBUÉS.

- ARB. No hay que incomodarse  
patron: somos gente llana  
mis amos y yo, y á nadie  
gustamos de dar que hacer.  
¿Hay aposentos capaces,  
limpios y con buenas camas,  
para una dama, su padre,  
su escudero y dos criados?
- BURG. Si señor, los hay: y tales  
que no habrá en palacio muchos  
que en lo limpio les alcancen.
- ARB. Pues poned en uno luces  
para la dama.
- BURG. Que bajen  
voy á mandar por los trastos  
que traigais.
- ARB. Que no se cansen  
vuestros mozos; ya los nuestros  
suben con los equipajes.  
(Suben los mozos con baúdes.)
- BURG. Dónde los pondrán?
- ARB. Allí  
en esos cuartos.
- ARB. (A los mozos.) Llevadles  
pues.
- BURG. Y la dama?
- ARB. Se está  
despidiendo de su padre.
- BURG. Pues qué ¿no se queda en casa  
con ella?
- ARB. Sí: mas tiene antes  
que entregar unos breviarios  
á un primo suyo, que es fraile  
en san Pablo y tardará  
tal vez: mas no hay que esperarle.
- BURG. Marta, Ginés, á esa dama  
alumbrad.
- ARB. Ya llegan tarde

patron. (Sale doña Aurora.)

BURG. Qué! ¿sin aguardar  
que la sirvan?...

ARB. Si es mas ágil  
que un lancero, y nunca se anda  
con cumplimientos.

### ESCENA VII.

ARBUÉS, BURGOA, DOÑA AURORA.

BURG. (Ap.) Buen talle,  
garboso andar y; qué hermosa!  
dijo bien cuando á los ángeles  
la comparó el capitán.

AUR. Sois el huesped?

BURG. Ordenadme,  
Señora: yo soy.

AUR. ¿Hay fuego  
en mi aposento?

BURG. Y bujía:  
y puede vueseñoria  
disponer de él desde luego  
y de toda mi posada.  
Os mandaré á mi muger  
que os sirva.

AUR. No es menester:  
yo me sirvo sola y nada  
necesito. Arbués?

ARB. Señora.

AUR. Cuando vuelva, aunque sea tarde  
me avisarás.

ARB. A la hora  
en que llegue.

AUR. (A Burgoa.) Dios os guarde.

BURG. ¿Tomareis un refrigerio,  
un tente en pie, para abrigo  
del estómago?

AUR. ¿No os digo  
que nada quiero?

BURG. Qué imperio! (Váse por la izquierda.)

**ESCENA VIII.**

**ARBUES, BURGOA.**

**BURG.** Y vos no cenais?

**ARB.** Poco há  
que comimos y costumbre  
no tenemos.

**BURG.** A la lumbré  
podeis venir, que la habré  
buena en el hogar.

**ARB.** No tengo  
frio; podeis sin reparos  
cuando querais acostaros:  
porque mi amo, os lo prevengo,  
de que le sirva no gusta  
nadie mas que yo, que sé  
sus mañas.

**BURG.** Teneis á fé  
buen trabajo.

**ARB.** Bah! Se ajusta  
cada cual al que le toca  
en esta vida: yo estoy  
á su servicio y le doy  
cumplimiento.... y punto en boca  
que tengo sueño. Dejad  
la llave á mano y á abrir  
bajaré, cuando venir  
le sienta; que echen mandad  
pienso á los caballos; yo  
de este sillón haré lecho.

**BURG.** Dormireis ahí?

**ARB.** Pues no?  
es costumbre y ya estoy hecho.

**BURG.** Pues para cuando me acueste  
ahí queda la llave, y vos  
os gobernareis.

**ARB.** Adios  
pues.

**BURG.** Descansar. (¡Mala peste  
me coja si yo me acuesto  
sin ver á ese hombre quedar

dentro de casa.) (Váse.)

ARB.

Cerrar

no está demas. (Cierra la puerta del fondo.)

### ESCENA IX.

ARBUÉS, después DON CESAR.

ARB.

En mi puesto

hème ya.

(Se sienta en el sillón y llaman á la puerta del fondo.)

Han llamado.

CESAR.

(Dentro.)

Arbués?

ARB.

Por mi nombre? quién será?

CESAR.

Alférez Arbués.

ARB.

Quién va?

CESAR.

Abre á un amigo.

ARB.

Quién es?

CESAR.

El capitan Santillana.

ARB.

Don Cesar?

CESAR.

Si: date priesa

Arbués, que nos interesa.

ARB.

¡Válame la soberana (Abre.)

Virgen! Vos, mi capitan!

CESAR.

No malgastemos Arbués  
nuestro tiempo.

ARB.

Hablád; qué hay pues?

CESAR.

Las bocacalles están  
tomadas al rededor

y conmigo hay seis soldados  
en esta casa apostados.

ARB.

Y qué?

CESAR.

Que es á tu señor

á quién buscan. Si Gabriel

los umbrales de ella pasa,

Arbués, dentro de esta casa  
todos sois presos con él.

ARB.

No os de pena, capitan:

mi amo, que lo sabe todo

de hacer encontrará modo

inútil todo ese afan.

CESAR.

El asunto no es materia

de chanzas: en la partida  
se yo que le vá la vida.

ARB.

Diablol

CESAR.

La cuestion es seria.

Registrarán su equipage  
y hasta su misma persona:

y si razon no le abona  
terminante, aquí su viaje

concluye: porque al misterio  
de su vida dar alcance

quiere el rey.

ARB.

El rey?

CESAR.

El lance

ves que no puede mas serio  
ser. Mi padre don Rodrigo

me ha encomendado su guarda,  
diciéndome que le aguarda

pronto y ejemplar castigo.  
Hasta ahora á lo que creo

de sus poderes abusa  
la justicia, pues le acusa

á ciegas su buen deseo.

Mas he oido una espresion;  
que á probarse con certeza

le va á costar la cabeza,  
sea impostura ó ambicion.

Oyeme ahora. El destino  
por su bien ó por mi mal,

me une á su sino fatal  
y me arroja en su camino.

Instinto y veneracion  
por él en mi pecho ruegan,

y por Aurora me ciegan  
cariño y adoracion.

En el nombre de la ley  
á espiarle á Madrigal

me enviaron y cumplí mal  
con las órdenes del rey.

Desde Madrigal os sigo.

ARB.

Lo sabíamos.

CESAR.

Tiempo es

de que sepamos, Arbués,

á qué atenernos. Conmigo  
es preciso que Gabriel  
hable esta noche: es forzoso  
que este arcano misterioso  
penetre á la par con él.  
Hay de un misterio tremendo  
en su existencia la duda:  
siempre me tendrá en su ayuda,  
mas que se explique pretendo.  
Yo quiero de cualquier modo  
salvarle: quiero que á prueba  
ponga mi fe y que me deba  
su porvenir: en fin, todo  
quiero comprenderlo, y sea  
quien fuere, noble ó villano,  
vil traidor ó soberano  
coronado, que en mí vea  
un fiel amigo, un apoyo  
presto á dividir con él  
desde el sitio de un dosel  
hasta de la tumba el hoyo.

ARB. Que os ciega amor, bien se ve.

CESAR. Arbués, si su amor merezco  
y si mi mano la ofrezco...

ARB. No la admitirá.

CESAR. Porqué?

ARB. Porque es Espinosa un hombre  
que no quiere que se una  
ni hombre alguno á su fortuna,  
ni nombre alguno á su nombre.

CESAR. Yo los males que le afligen  
acepto y sus opiniones  
sin pedir de ellas razones:

y si ocultarme su origen  
les importa, nunca el nombre  
preguntaré de mi esposa:  
sea honrada y cariñosa  
y nada habrá que me asombre.

ARB. Estais loco capitán

¿Queréis con un pastelero  
emparentar?

CESAR. Arbués, quiero

salir de una vez de afán.  
Te he dicho que mi destino  
me lleva tras de Gabriel.

ARB. Pues es fuerza que huyais de él:  
echad por otro camino.

CESAR. Arbués!

ARB. Yo sé lo que digo.

Vuestro ayo fuí: soy ya viejo  
y daros puedo un consejo:  
tomadle, que es de un amigo.

Cumplid vuestra obligacion  
sin tropezar con Gabriel,  
y el misterio que hay en él  
dejad en su corazon.

Para vuestro amor, de roca  
será su alma, y recelo  
que no os dará ni consuelo  
ni satisfaccion su boca.

CESAR. Pues qué ¿hace ese hombre agravio  
impunemente?

ARB. Lo que hace

no sé, mas no satisface  
jamás.

CESAR. Pues bien, si su labio  
satisfaccion no me da,  
yo le haré que hable sin gana  
con mi acero.

ARB. Santillana,  
en silencio os matará.

CESAR. A mí?

ARB. Tal creo en conciencia.

CESAR. Tiene algun filtro Gabriel?

ARB. No: mas acaso con él

pelea la omnipotencia.

Don Cesar, tened á raya  
vuestra locura y tomad  
mi consejo: abandonad  
la senda por donde él vaya.

CESAR. No puedo.

ARB. Una indiscreccion

muy sándia sé que cometo,  
mas voy á ser indiscreto



porque os tengo obligacion.

CESAR. Habla, habla.

ARB. Ese Gabriel

Espinosa, el pastelero,

tiene mas de caballero

que lo que aparenta él.

Tres años ha que le sigo

de su favor obligado,

que honra y vida me ha salvado

y mas que dueño, es mi amigo.

CESAR. Pero quién es?

ARB. Voy á ello.

Quién es... sábenlo él y Dios.

Cuanto sé yo de él vais vos

á saber: mas bajo un sello

guardadlo siempre.

CESAR. Cloncluye.

ARB. Escuçnad pues lo que sé,

y vos vereis de él á fé

si en pró ó encontra os arguye.

El sabe todas las leyes,

cuenta todas las historias,

los desastres y las glorias

de los europeos reyes.

El conoee los blasones

como un rey de armas: él mide

las noblezas: él decide

sobre razas y opiniones:

y tales fuerzas alcanza,

que con precision certera

monta un potró á la carrera

y hace astillas una lanza

en el aire.

CESAR. Jesucristo!

eso se cuenta tambien

de Don.... (*Arbués le tapa la boca con la mano.*)

ARB. No digais de quién:

de él yo lo cuento, y lo he visto.

Y en fin, os diré un secreto:

¿conocíais á Quiñones

el teniente de dragones?

CESAR. Si.

ARB. Sabeis que era el respeto de los diestros en la esgrima, porque jamas estocada le hirió, mientras que su espada veinte muertes le echó encima.

CESAR. Si.

ARB. No ignorareis que muerto en Madrigal se le halló: pues bien, Gabriel le mató riñendo.

CESAR. Cierto?

ARB. Tan cierto capitán, como es de noche. De Gabriel en la hostería con el alférez comía yo una tarde, cuando un coche paró á sus puertas, y de él un embozado bajando se entró hasta allí preguntando si estaba en casa Gabriel. Salió este; y el forastero, que ser mostraba en su porte un gran señor de la corte, llevó la mano al sombrero al ir á hablarle; Quñones, de quien sabeis la insolencia, con aquella impertinencia peculiar de los matones, dijo: «ola! ¿esas tenemos?» mas no bien le oyó Gabriel, cuando viniéndose á él le asió por los dos extremos del collarin del colete diciendo: «¡ola seor espía! ¡yo os haré, por vida mia, que me guardéis el secreto!» y con muñeca de hierro zarandeandole de un lado á otro le echó derribado bajo el banco como á un perro. El teniente, puesto apenas en pie, echó mano al acero

yéndose hacia el pastelero,  
quien con miradas serenas  
y voz grave é imperiosa  
nos dijo:—« Echémonos fuera  
y echamos por la escalera  
los tres en pos de Espinosa.  
Detras de unos paredones  
que hay debajo del camino  
paróse: fué su padrino  
el otro, y yo el de Quiñones.  
Capitan, juro á mi honor  
que no he visto tal destreza  
jamás, ni tanta firmeza  
serenidad y valor.  
Era un maestro el teniente  
pero á las cuatro paradas  
tenía tres estocadas;  
rugía de ira y valiente  
atacaba: mas escrito  
debió estar: tendióse á fondo  
Gabriel y cayó redondo  
Quiñones sin dar un grito.  
Y Espinosa?

CESAR.  
ARB.

Ni un rasguño  
sacó: en silencio su espada  
limpió, que estaba manchada  
de sangre hasta el mismo puño,  
y envainándola con calma  
nos dijo: « quede lo hecho  
sepultado en nuestro pecho,  
y que Dios perdone su alma.  
Y volviéndonos á entrar  
otra vez en la hostería,  
no ha vuelto desde aquel dia  
á Quiñones á mentar.  
Ahora, señor Santillana,  
pues sabeis que hondo cariño  
os cobré desde muy niño  
y os guardo afición cristiana,  
creed á un amigo viejo:  
por delante de Gabriel  
pasan sin topar con él:

- y agradecedme el consejo.
- CESAR. Es tarde, y retroceder no quiero. Resuelto á todo vengo y de uno ú otro modo esta noche le he de ver.
- ARB. Yo no os lo puedo impedir; pero haceis mal: os lo advierto.
- CESAR. Mas quiero por él ser muerto que sin Aurora vivir.
- ARB. Allá os las háyais.
- AUR. (*Dentro.*) Arbués!
- ARB. Pronto, marchaos; es ella.
- AUR. (*Dentro.*) Arbués!
- (*Arbués quiere obligar á D. César á irse.*)
- CESAR. Déjame la huella  
besar, de sus castos pies.
- ARB. Capitan!

## ESCENA X.

DOÑA AURORA, DON CESAR, ARBUÉS.

- AUR. (*Saliendo.*) Oyendo estoy á Arbués hablar ha una hora. Es mi padre?
- CESAR. No, señora.
- AUR. El capitan!
- CESAR. Si, yo soy.
- ARB. Ver al señor pretendía; le digo que ausente estaba: insistia él, porfiaba yo, y por eso se oia hablar aquí doña Aurora.
- AUR. Andubiste descortés con el capitan, Arbués.
- ARB. Vuestro padre...
- AUR. Sin demora me debiste de avisar de su llegada y al punto saliera yo.
- CESAR. Sea asunto concluido: él atajar

AUR. debió mi imprudente paso. Si vos salís en su abono yo su falta le perdono. Sal. (A Arbués que se va.)

### ESCENA XI.

DON CESAR, DOÑA AURORA.

AUR. ¿Puedo saber acaso la causa que aquí os obliga á presentaros ahora?

CESAR. Es un secreto, señora; perdonad que no os le diga. Confiarle solo debo á vuestro padre.

AUR. En tal caso.... (Retirándose.)

CESAR. Aguardad. (Deteniéndola.)

AUR. Decid.

CESAR. Acaso

vais á enojaros.

AUR. Me atrevo á esperar de vuestro honor, que no me osará decir nada que no pueda oír sin peligro ó sin rubor.

CESAR. Nada, señora; ¡yo os juro por la honra en que nací, que nada oireis de mí que no sea noble y puro!

AUR. Hablad pues.

CESAR. Que fui sospecho torpe por demas, Señora, si no habeis visto hasta ahora el arcano de mi pecho.

AUR. ¿Cómo quereis que comprenda secretos que en él guardais si no me los revelais?

CESAR. Si en los ojos una venda de indiferencia y rigor no os hubiérais puesto, Aurora, me ahorrárais hacer ahora

- la relacion de mi amor.
- AUR. Con qué amais?
- CESAR. Con frenesí.
- AUR. Pues y á quién?
- CESAR. A un ángel.
- AUR. Oh!
- Y os paga?
- CESAR. Creo que no.
- AUR. Lo sabe?
- CESAR. Creo que sí.
- AUR. Se lo habeis dicho?
- CESAR. Jamas.
- AUR. Por qué?
- CESAR. Por que es mi pasion  
mas que amor, veneracion:  
idolatría quizás.  
Es un amor que no tiene  
en su vil naturaleza  
un átomo de impureza:  
amor que del cielo viene.  
Es un innato cariño  
tan casto como profundo,  
tan puro como el armiño,  
tan inmenso como el mundo.  
Sin otro bien, ni otro dueño  
ni mas afan, ni mas guia  
en la tierra, noche y dia  
con él vivo, con él sueño.  
Un amor sublime, santo:  
mas tan tirano, tan fiero,  
que sus fuerzas considero  
á mis solas con espanto:  
por que no hay ley, no hay deber  
que pueda mi corazon  
al poder de mi pasion  
con ventajas oponer.  
Si la que amo me dijera  
«Sé traidor: véndete esclavo»  
mi fé llevando hasta el cabo  
mè infamara y me vendiera.
- AUR. Jesus que amor tan horrendo!  
Dónde adquirido le habeis?

- CESAR. Os reís?
- AUR. ¿Pues qué queréis  
si os estáis contradiciendo?
- CESAR. Do está la contradicción?
- AUR. ¡Pues ahí es nada! ¿un cariño  
tan puro como el armiño,  
una sagrada pasión  
de cuyo infernal poder  
creeis que os llegue á obligar  
vuestro Rey á abandonar,  
la libertad á vender?
- CESAR. Sin vacilar un momento!
- AUR. ¿Por qué una muger os ame  
consentís en ser infame  
traidor y esclavo?
- CESAR. Consiento.
- AUR. Hacedos un poco atrás!
- CESAR. Por qué?
- AUR. Esa pasión que tanto  
ponderáis, mas que amor santo,  
es amor de Satanás.
- CESAR. ¡Infeliz del corazón  
que tal amor no comprende!
- AUR. Mas lo es en el que se enciende  
la llama de tal pasión.
- CESAR. ¡No os mofárais de ella así,  
si la comprendiérais, no!
- AUR. ¿Y quién os dice que yo  
no guardo ese amor en mí?
- CESAR. Vos!
- AUR. Don Cesar, solo Dios  
amor tan ciego merece.
- CESAR. Amor es Dios y enloquece.
- AUR. Y loco estais.
- CESAR. Ah! por vos! (Se arrodiilla.)
- AUR. Insensato!
- CESAR. Por vos, sí:  
yo os amo, Aurora, os adoro.
- AUR. ¿Pues creéis que yo lo ignoro?
- CESAR. Cielos! (Alzase del suelo acercándose á Aurora.)
- AUR. (Apartándose.) No llegueis á mí.
- CESAR. Me rechazais?

- AUR. A fé mia!  
yo acepto vuestro respeto,  
mas no quiero ser objeto  
de una torpe idolatria.  
No soy mas que una muger,  
y del criador hechura,  
solo como criatura  
estimada quiero ser.
- CESAR. Esas palabras, Aurora  
que una esperanza me dan.
- AUR. Si tal creis, capitan  
olvidadlas desde ahora.
- CESAR. Me confundis y no sé  
unir con vuestra bondad  
vuestro rigor.
- AUR. En verdad  
que yo tampoco sabré  
tal arcano descifraros.  
Lo que sí os sabré decir  
es que no puedo admitir  
vuestro amor: mas sin reparos  
mi amistad toda os ofrezco.  
Creedme: Dios me es testigo  
de que os quiero por amigo,  
mas por galan no os merezco.
- CESAR. Cómo!
- AUR. Os lo diré mejor  
y no me guardéis encono:  
vuestra amistad ambiciono,  
vuestra pasion me da horron.
- CESAR. Me asombráis.
- AUR. Es un arcano  
que penetrar no podemos:  
galan, jamas nos veremos,  
amigo, aquí está mi mano.  
(Doña Aurora le tiende la mano.)
- CESAR. Ah! os entiendo. Compasion  
os causó mi amor y ahora  
burlaros os plugo Aurora  
con mi pobre corazon.  
Mas esta mano que estrecho  
sobre él y que llevo al labio.

(Va á besar la mano. Doña Aurora se lo impide.)

AUR. La boca la hará un agravio:  
no la leváteis del pecho.

CESAR. Ese tono...

AUR. Es harto serio.

CESAR. No os comprendo. Si es capricho  
de vuestro humor...

AUR. Ya os lo he dicho  
capitan: es un misterio  
que yo no entiendo tampoco.

CESAR. Pues yo le penetraré.

AUR. Cómo?

CESAR. A vuestro padre haré  
que me le esplique.

AUR. Estais loco.

CESAR. En eso parar espero  
con vuestras contradicciones.

AUR. Pues oidme unas razones  
terminantes, caballero

CESAR. Hablad.

AUR. Me habeis ponderado

vuestra acendrada pasion,

y vais en mi corazon

á saber lo que hay guardado.

Hay un amor casto, ciego,

de mi pecho en la guarida,

tan largo-como mi vida,

tan ardiente como el fuego.

Amor de goces tan suaves,

tan esento de dolores,

como el olor de las flores,

como el cantar de las aves.

Este amor es un cariño

tan ageno de impureza,

como el que á tener empieza

naciendo á su madre el niño.

Hoguera es de inmenso ardor;

mas de su llama tranquila

no se estingue ni vacila

el constante resplandor.

En el duelo, en la ventura,

en la inquietud y en la calma

siempre en el fondo del alma  
como una estrella fulgura:  
y brilla su claridad  
en su centro solitario,  
cual lámpara en un santuario,  
cual faro en la tempestad.

CESAR.

Amáis?

AUR.

Amo á un noble ser  
de quien ignoro hasta el nombre:  
le amo todo cuanto á un hombre  
puede amar una muger.  
Le amo desde que le ví;  
le amo con toda mi fé,  
y al sepulcro bajaré  
con su amor dentro de mí.  
Con él sueño, con él vivo;  
lo que él desea apetezco;  
lo que aborrece aborrezco;  
y mi corazon, cautivo  
de su sola voluntad,  
á ella no mas obedece:  
el me dice «ama, aborrece»  
y amo, y odio sin piedad.  
Me dijo: «de ese mancebo  
serás amiga» y yo os digo  
que vos sois mi único amigo,  
porque él lo quiere y yo debo  
quererlo; y si él me dijera  
«véndete esclava» ¡por Dios  
os juro, que como vos  
por mí, por él me vendiera!  
Ya mi secreto sabeis.  
Respetad de él comedido  
lo que no hayais comprendido;  
y si no os satisfacéis  
con las razones que os dan,  
haced cuenta en conclusion  
que nací sin corazon.  
Buenas noches, capitán.

CESAR.

Esperad.

AUR.

Ni un solo instante  
el alma leal que abrigo

franca está para el amigo  
y muerta para el amante.  
(Váse por la izquierda cerrando la puerta.)

### ESCENA XII.

DON CESAR.

¡Ama á un hombre cuyo nombre  
no conoce! fascinada  
está su alma enamorada  
por él. ¿Y quién es ese hombre?  
Un año hace que les sigo  
y á nadie he visto jamás  
llegar. ¡Un enigma más  
de los que llevan consigo!  
Con él sueña, con él vive:  
lo que él desea apetece:  
él manda y ella obedece  
y sér de su sér recibe.  
Oh! sí: lo espresaban bien  
sus ojos, su voz, su gesto.  
Si, encierra un amor funesto  
su corazon. Pero ¿á quién?  
¡Ama á un hombre misterioso  
de quien hasta el nombre ignora!  
¿Ama y no á mí? La traidora!  
Sándio de mí: estoy celoso.  
Celoso y tal vez acecha  
la muerte aquí á ese Gabriel  
de Espinosa. ¡Cielos! Si él...?  
El! estúpida sospecha!  
Su padre... ¿Y si no lo es?  
¿Si el misterio y soledad  
que guardan de liviandad  
fuera un velo infame? Arbués.

### ESCENA XIII.

DON CESAR, ARBUÉS.

ARB. Aquí estoy.

CESAR.

Pronto, responde:

Aurora á otro hombre ama.

Quién es? dí. Cómo se llama?

A dónde está ahora? ¿A dónde

le vió? Cuando?

ARB.

Capitan,

ya os previne que acercaros

á nosotros era echaros

en un abismo de afan:

y ya lo veis: un instante

nada mas que habeis hablado

con ella, os ha trastornado

corazon, juicio y semblanté.

CESAR.

La amo Arbués, y estoy celoso.

Dime por tu vida Arbués.

¿Sabes bien si Gabriel es

su padre?

ARB.

Pues es chistoso!

CESAR.

Ay! de la duda la hiél

me emponzoña el corazon.

ARB.

Pues no perdais la ocasion

de consultarla con él.

CESAR.

Llega?

ARB.

Le siento venir.

CESAR.

Cómo?

ARB.

Acostumbra á silbar

recio.

CESAR.

Y silbó?

(*llaman: aldabonada.*)

ARB.

De llamar

acaban.

CESAR.

Vé pues á abrir.

(*Váse Arbués por el fondo llevando la llave.*)

es forzoso: le hablaré;

la vida en ello le vá.

Si se obstina... mas no á fé

primero le salvaré

y Dios amanecerá.

#### ESCENA XIV.

DON CESAR, ARBUÉS, GABRIEL (*embozado.*)

GAB.

Ola! señor capitan.

CESAR.

Os aguardaba.

GAB. Qué hay pues?  
CESAR. Solos.  
GAB. Déjanos Arbués.

### ESCENA XV.

DON CESAR, GABRIEL.

GAB. Podeis hablar.  
CESAR. Tal vez van  
mis palabras á causaros  
estrañeza.  
GAB. No lo espero.  
CESAR. Muy claro con vos ser quiero.  
GAB. Pues no os andeis con reparos.  
Con cuanta mas claridad  
hableis vos, á mi entender  
os debo yo comprender  
con mayor facilidad.  
CESAR. Yo soy...  
GAB. (*Interrumpiéndole.*) Os conozco bien:  
adelante.  
CESAR. En Madrigal  
me acantoné de orden real...  
GAB. Para guardarme; tambien  
lo sé: adelante.  
CESAR. Hoy en pós  
de vuestros pasos...  
GAB. Venís  
por lo mismo: me decís  
cosas que sé como vos.  
CESAR. Pues bien: lo que segun creo  
ignorais vos todavia  
os diré.  
GAB. ¡Por vida mia  
capitan, que ya deseo  
que algo nuevo me digais!  
CESAR. Pues oid.  
GAB. Estoy atento.  
CESAR. La casa en este momento  
está cercada y estais  
preso en ella.  
GAB. Ya lo sé.

- CESAR. ¿Conqué sabiéndolo ya entrásteis?
- GAB. Pues claro está.
- CESAR. Por voluntad?
- GAB. Ya se vé.
- CESAR. ¿Luego confiais...
- GAB. En Dios primero y despues en mí.
- CESAR. Sabeis que os acusan?
- GAB. Sí.
- CESAR. ¿De un delito...
- GAB. (*Interrumpiéndole.*) No, de dos.
- CESAR. Sabeis cuáles?
- GAB. Si por cierto.
- CESAR. Pues á lo que se murmura, cualquiera de ellos...
- GAB. Segura trae mi sentencia: soy muerto.
- CESAR. ¿Con ella os chanceáis?
- GAB. Si tal.
- CESAR. Podreis probar..?
- GAB. una cosa.
- CESAR. Qué sois?..
- GAB. (*Interrumpiéndole.*) Gabriel Espinosa pastelero en Madrigal.
- CESAR. Podrán dudarle tal vez.
- GAB. Porqué?
- CESAR. Porque lo desmienté vuestro gentil continente, y es muy receloso el juez!
- GAB. Dios me hizo así, y en mi mano no está cambiar de figura.
- CESAR. Diz que andais con mucha holgura para ser solo un villano.
- GAB. Soy rico.
- CESAR. Querran papeles que os acrediten de tal.
- GAB. Resmas tengo en Madrigal de los de envolver pasteles.
- CESAR. ¿Hay algunos con pinturas?
- GAB. Mil.
- CESAR. ¿Son estampas de santos?

- GAB. Hay de todo.
- CESAR. ¿Y entre tantos hay conocidas figuras?
- GAB. ¿Echais menos, capitán, alguna?
- CESAR. No: mas ha un rato que el juez buscaba un retrato fiel del Rey don Sebastian.
- GAB. Siento no tener ninguno.
- CESAR. Pues creo que el juez pretende deteneros, porque entiende que llevais sobre vos uno.
- GAB. ¿Qué habria en que le llevara para que en mí se encarnicen los golillas?
- CESAR. (*Mirándole atentamente.*) Es que dicen que le llevais en la cara.
- GAB. Ni es tan deforme la mia, ni osara yo andar por cierto con la cara que un rey muerto usaba cuando vivía.
- CESAR. Pues la justicia cree ver en vos semejanza tal con él, que de vos muy mal sospecha.
- GAB. Cómo ha de ser! (*Un momento de pausa.*)
- CESAR. Yo os cobré afecto: fiad vuestro secreto de mí, y al depositarlo aquí le echais en la eternidad.
- GAB. Mozo, si tuviera un día que fiar algo á algun hombre, creedme, os juro á mi nombre que de vos lo fiaría.
- CESAR. Fiadme ese nombre pues.
- GAB. Gabriel: lo acabais de oír.
- CESAR. ¡Os obstináis en morir!
- GAB. Ley de los que nacen es.
- CESAR. No me entendeis!
- GAB. Vive Dios!  
ni vos me entendeis tampoco á mí.

CESAR.

Parecéisme loco.

GAB.

Y á mí mentecato vos.

Porque á la verdad, mancebo,

grima me da contemplaros

asi el seso devanaros

por decirme algo de nuevo.

Tras de tanto ir y venir

¿no habeis echado de ver

que yo no quiero entender

lo que me quereis decir?

¿Os figurais que viví

entre el pueblo catorce años,

sin percibir los estraños

cuentos que corren de mí?

¿Pensais que es esta la vez

primera que en mí repara

el vulgo, y que cara á cara

me veo yo con un juez?

Venid acá, pobre niño.

¿Pensais que no conocí

que en vos germinó hácia mí

un simpático cariño?

Yo como en un libro leo

claro en vuestro corazon,

y bien de vuestra aficion

la causa escondida veo.

Sé que á mí os atrae un nudo

cuyo mágico poder

os hace ante mí poner

vuestro pecho por escudo.

Pero su atraccion oculta

resistid: porque os advierto

que ese nudo con un muerto

os estrecha y os sepulta.

Resistid: porque un ser soy

que infesto el lugar que habito,

que cuanto toco marchito

y asolo por donde voy.

CESAR.

Qué me importa? el horror mismo

del misterio que hay en vos

de sí me arrebatara en pos,

y ciego voy á su abismo.

GAB. Mancebo!

CESAR. Con vos iré  
por do quiera que vayais.  
Oidme: y cuando sepais  
mi secreto...

GAB. Ya le sé.

CESAR. Qué sabeis?

GAB. Cuanto ha pasado  
por vuestro pecho hasta ahora:  
no ignoro nada: de Aurora  
sé que estais enamorado.  
Sé que por ella me hablais,  
y que tras ella venis,  
y que por ella vivís,  
y que con ella soñais.

GAB. ¿Creis qué en vuestro semblante  
no he conocido al entrar  
que la acabábais de hablar?  
Y en vuestro mustio talante  
¿creis qué no entiendo acaso  
que el amor de vuestro pecho  
al declararla, no ha hecho  
de vuestras palabras caso?

CESAR. Caballero!

GAB. Qué demonio!  
de todo estoy enterado:  
hasta de que habeis pensado  
pedirmela en matrimonio:

CESAR. Sí, que mi amor...

GAB. (Interrumpiéndole.) Sé que es grande,  
profundo, honesto y leal:  
pero es un amor fatal,  
imposible.

CESAR. Que os demande  
porqué dejad.

GAB. Lo primero,  
porque si mal no me fundo  
no os quiere ella: lo segundo  
porque yo tampoco quiero.

CESAR. Me escarneceis!

GAB. No por Dios!  
Y á qué viene el enojaros?

No quereis que hablemos claros?

Pues claro os hablo yo á vos.

CESAR.

Ea pues! claros hablemos

y sepamos de una vez

á que atenernos.

GAB.

Pardiez!

no alceis la voz, que podemos

á las gentes de la casa

despertar, y creer pueden

cosas que aquí no suceden,

capitan.

CESAR.

Lo que aquí pasa

es que quiero penetrar

el misterio que os rodea,

y que es fuerza que así sea:

porque no he de tolerar

en calma, como un villano

que, tan sin razon los dos

desprecieis mi amistad vos

y vuestra hija mi mano.

Confieso que el alma mia

de el punto en que os llegó á ver,

por vos empezó á tener

misteriosa simpatia.

Confieso, si, que amo á Aurora

con amor tan delirante

que no hay accion que me espante

por ella: mas me devora

á par con el del amor

el fuego de un justo enojo

y no quiero á vuestro antojo

ceder sin razon mejor.

Soy noble y cuando os ofrezco

mi raza unir con la vuestra,

que me deis mas noble muestra

de lo que valeis merezco;

porque sino, con derecho

tendré por cosa segura

lo que de vos se murmura

y lo que yo me sospecho.

GAB.

Y qué es lo que sospechais?

CESAR.

Que sois...

- GAB. Quién?  
CESAR. Un impostor  
y que desechais mi amor...  
GAB. Porqué?  
CESAR. Porque vos la amais.  
GAB. Desdichado!  
CESAR. Una de dos:  
satisfacedme al momento,  
ó sepulcro este aposento  
es para mí ó para vos.  
GAB. Niño, dándoles gran precio,  
la mayor satisfaccion  
que debo á tu proteccion  
y á tu amor, es el desprecio.  
Ve pues si te satisface  
la de que no les admito,  
por que el amor no me place,  
y el favor no necesito.  
CESAR. Eso á mí?  
GAB. Y antes que te abra  
sepulcro, entiendo que puedo  
abismarte con un dedo  
como con una palabra.  
CESAR. Decídmela.  
GAB. No la esperes.  
CESAR. Pues bien; quiero en mi despecho  
ser ó muerto ó satisfecho.  
(Don Cesar desenvaina su espada yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya poniéndose en guardia,  
en cuyo punto aparece Aurora.)  
GAB. Sea: pues que tú lo quieres.

## ESCENA XVI.

GABRIEL, D. CESAR, DOÑA AURORA, despues D. RODRIGO.

- AUR. Teneos!  
CESAR. Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detras del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada dando un paso atras, con tal rapidez

que el juez no pueda tener tiempo de aperebirse de que estaba en guardia.)

ROD. En nombre del Rey.

GAB. Qué es eso?

ROD. Gabriel Espinosa, preso sed.

GAB. Lo estoy, señor alcalde.

ROD. Cómo?

GAB. Ese mozo sintiendo

que aun en vela andaba yo,

por esa ventana entró

que me fugara temiendo:

hallándome en pié y armado

darme á prision me intimaba,

y mi espada le entregaba

cuando vos habeis entrado.

ROD. Vuestras armas y equipage

quedan embargados.—De él

(A don Cesar.)

y ellas te encargo—Gabriel

Espinosa, vuestro viage

no os es dado continuar

hasta que duda no quede

de quien sois.

GAB. Su merced puede

cuando guste comenzar

sus indagaciones.

ROD. Luego:

interrogar me es preciso

testigos: mas ya os lo aviso,

preso estais.—Con él te entrego

(A don Cesar.)

aquella muger.

GAB. Señora

se dice, Alcalde: esta dama

noble es cual vos y se llama

por buen nombre doña Aurora.

ROD. Si es dama y noble despues

lo sabremos.

GAB. ¡Quiéra Dios

que no os pese luego á vos

saberlo!

ROD. Escesiva es

vuestra arrogancia.

- GAB. No tanta  
como tener con vos puedo.
- ROD. Nadie á mí me infunde miedo.
- GAB. Pues á mí nadie me espanta,  
Conque adelante.
- ROD. Adelante.  
Vos á ese cuarto, Señora:  
y vos dad la espada ahora  
al capitán.
- GAB. Al instante.  
Ahi la teneis: y os suplico  
(*Alargando la espada, sin soltarla.*)  
jóven, que si no os enoja  
me la guardéis, que es la hoja  
buena, y el puño muy rico.  
(*Gabriel entrega su espada á D. César, quien al mi-  
rarla esclama asombrado.*)
- CESAR. Jesus!
- GAB. Ved con atencion  
su primor.
- CESAR. ¡Corona real  
tiene el pomo!
- GAB. Y el tazón  
las armas de Portugal.
- ROD. Ola! pondreis á mi alcance  
como hubisteis esa espada.
- GAB. Dadlo por cosa alcanzada:  
la compré en Cintra de lance.  
(*Acercándose y viendo la espada que tiene D. César.*)
- ROD. Prenda régia!
- GAB. Por San Juan!  
yo lo creo: como que es  
prenda de un rey portugués:  
fué del rey D. Sebastian.
- ROD. (*A D. César, ap.*) César, guárdale por Dios:  
porque si se huye perdemos  
la cabeza ambos á dos.
- CESAR. Ya lo sé. (*Váse D. Rodrigo por la puerta del fondo.*)

## ESCENA XVII.

GABRIEL, CESAR.

(D. César va á acercarse á Gabriel con precipitacion: este le contiene con un gesto.)

GAB. No hagais estremos,  
que os perdeis.

CESAR. ¿Pero sois vos...

GAB. Quién?

CESAR. El.

GAB. Porfiado estás.

CESAR. Pero...

GAB. Y si fuese quizás?

CESAR. Muriera por vos, Señor.

GAB. Dormir un poco es mejor.

Dejad á Dios lo demas.

(Váse por la izquierda dejando á D. César estupefacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ESCEMA XVII.  
**NOTA.**

Las escenas quinta, sesta, sétima, décima y undécima de este acto segundo no hubieran podido ser terminadas por mí, sin el eficaz auxilio de mi amigo Don José María Diaz, que me ha ayudado á escribir las, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que despues han sufrido, las han dejado tales, que ni el señor Diaz, ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen; yo no debo sin embargo apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra, el público las aplaude, el señor Diaz tiene derecho á sus aplausos, lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo

*José Zorrilla.*

---

## ACTO II.

---

*La misma decoracion del acto primero.*

### ESCENA PRIMERA.

*DON CESAR aparece sentado y meditabundo.*

CESAR. Dijo bien: no pertenece  
á la tierra el ser de ese hombre.  
Me fascina: me enloquece.  
¡Qué en derredor de su nombre  
jira el mundo me parece!  
Sí: de cuanto le rodea  
es el eje, el punto fijo:  
todo lo demas voltea  
en torno suyo. Me dijo  
que iba á dormir, pero vela;  
no he cesado de sentir  
sus pasos, por mas cautela  
que puso al ir y venir  
por su aposento. Recela  
que le sorprendan: previene  
cauto el porvenir; y pienso  
que entre su equipaje tiene

objetos que le conviene  
no mostrar. Es él? ¡Inmenso  
riesgo corre!.... y si no es?  
Ay de mí! Siempre es de Aurora  
padre, hermano... algo... A través  
doy con todo: me devora  
la impaciencia... Llamo pues.

*(Llama á la puerta por donde se fué Gabriel en la última  
escena del acto primero.)*

## ESCENA II.

DON CESAR, GABRIEL.

GAB. Qué me quereis?

CESAR. Advertiros  
de que mi padre el Alcalde  
vendrá pronto.

GAB. Será en balde.

CESAR. No lo será el preveniros  
que toda la noche ha estado  
declaraciones oyendo  
de gentes que ha ido prendiendo.

GAB. Pues el tiempo ha malgastado.

CESAR. Vuestra situación es grave.

GAB. Lo sé!

CESAR. Quizás un proceso....

GAB. Vuestro padre anda ya en eso.

CESAR. Culpado saldreis?

GAB. Quién sabe?

CESAR. Mi padre es hombre tenaz.

GAB. Pues á buena parte viene!

CESAR. Es que tal vez os condene.

GAB. Cumpla la pena y en paz.

CESAR. Mas si antes que vuelva él  
hacer prevencion alguna  
os importa...

GAB. A mí? Ninguna.

CESAR. Señor!

GAB. Llamadme Gabriel.

CESAR. Vos lo dijísteis: secreto  
nos liga un nudo á los dos

y siento á un tiempo por vos inclinacion y respeto.

Quisiera una prueba hallar irrecusable que daros de mi fe para obligaros sin recelo á confiar en mí.

**GAB.** Vaya! estais chistoso por Dios! En este aposento queriais hace un momento atravesarme furioso ¿y ahora mi confianza conquistaros pretendéis con ofertas? Ya sabeis que la razon se me alcanza de esa simpatía oculta que me teneis: y á respeto muéveos solo mi secreto, que vuestra aprension abulta tanto, que seguís mi viaje vos y á atajarle se arroja el juez, porque se os antoja que soy un gran personaje.

**CESAR.** Las apariencias estan por ahora en contra vuestra.

**GAB.** Pues la verdad se demuestra con la verdad, capitan.

**CESAR.** Pues bien: antes que un proceso entable el juez contra vos valiera mas vive Dios!..

**GAB.** ¿Qué me diera por confeso yo mismo; que haciendo justo del juez el empeño, diera por supuesto yo que era *no sé quién*, y por dar gusto él al rey, y diversion al populacho, me ahorcara y Aurora por vos quedara? Es esta vuestra cuestion?

**CESAR.** No asi abuseis imprudente de ese misterioso influjo que á respeto me redujo

para con vos, é insolente  
mi lealtad y mi amor  
ultrajeis: esta es sincera,  
y mi pasión verdadera,  
señor.

GAB. Dale con señor!  
Vos sois noble y yo villano:  
vos sois gentil caballero  
y yo humilde pastelero:  
decid Gabriel liso y llano.

CESAR. Me vais á desesperar.

GAB. Y vos me vais á aburrir.

CESAR. Vos obstinado en finjir!

GAB. Vos empeñado en hablar!

CESAR. ¿Pronto á todo, fascinado  
que estoy por vos no mirais?

GAB. ¿Y os mando yo que tengais  
de mi porvenir cuidado?

CESAR. Una palabra tan solo.

GAB. Vais á volver á lo mismo?

CESAR. De esperanza en este abismo  
dadme un rayo.

GAB. Cuál?

CESAR. Sin dolo,  
prometedme responder  
á una pregunta.

GAB. Si puedo  
responderé.

CESAR. No hayais miedo  
que os pueda comprometer  
la respuesta. ¿Sois de Aurora  
padre?

GAB. No conoció mas  
que á mí por padre jamás.

CESAR. Oh! no lo sois!

GAB. En buena hora  
que no lo soy os diré;  
mas de este arcano la llave  
tengo solo.

CESAR. Ella no sabe..?

GAB. Nunca se lo revelé.

CESAR. Y la amais?

- GAB. Mucho quizás,  
mucho mas de lo que debo.
- CESAR. Conque la guardais..?
- GAB. Mancebo!
- CESAR. Si, para vuestra.
- GAB. Jamas.
- Pero tened desde aquí,  
y para siempre entendido  
que es muger que no ha nacido  
para vos ni para mí.
- CESAR. Cielos!
- GAB. De toda esperanza  
despedios.
- CESAR. ¿Ofrecida  
está á Dios?
- GAB. No: está elejida  
para prenda de venganza.
- CESAR. Vuestra?
- GAB. Yo no voy en pós  
de venganzas.
- CESAR. ¿Es quizás  
de su familia?
- GAB. De mas  
arriba.
- CESAR. Del Rey!
- GAB. De Dios.
- CESAR. (Imposible atar un cabo!  
su ser parece que abarca  
con la altivez del monarca  
la abnegacion del esclavo!)

### ESCENA III.

DON CESAR, GABRIEL, UN ALGUACIL.

- ALG. Su señoría el Alcalde  
D. Rodrigo.
- CESAR. En el momento  
volved á vuestro aposento.
- GAB. La entrevista será en baldé,  
hay un hombre que...

ESCENA IV.

DON CESAR, DON RODRIGO.

ROD. Seguros ambos?

CESAR. Seguros

Señor.

ROD. Todo lo recelo  
de él, que es audaz.

CESAR. Sin em!  
no temais ningun estremo.

ROD. Le has hablado?

CESAR. Sí, un instante.

ROD. Y qué dice? ¿Muestra miedo  
de la justicia?

CESAR. Ninguno.

ROD. Bravea, eh?

CESAR. Nada de eso,  
tranquilo está: tal vez tiene  
de justificarse medios.

ROD. Imposible: en contra suya  
tengo datos manifiestos.

CESAR. Sabeis ya...?

ROD. Nada. Hilo á hilo

voy la madeja cogiendo.

Parece que hay en la vida

de ese hombre tantos enredos

que solo á fuerza de maña

y paciencia, deshacerlos

es posible. Mas no es

lo que me trae mas inquieto

lo intrincado del negocio,

que el laberinto estoy hecho

á recorrer de las leyes:

acósame el alma empero

una agitacion, que no

sé distinguir con acierto

si es afan ó repugnancia,

si es duda ó presentimiento.

Hay un punto de la historia

de ese hombre cuyo misterio

del tiempo de mi mayor

pesar me trae un recuerdo.

CESAR.

De cuando?

ROD.

Tú no lo sabes: eras aun pequeñuelo. Luego estas causas políticas de Portugal me trageron siempre desgracias. Parece que el destino con empeño fatal para mí, me pone portugueses siempre en medio de mi camino. Seis años andube por aquel reino en comision especial; los rebeldes persiguiendo y como todos conspiran contra el rey y su gobierno; yo soy allí detestado.

CESAR.

Fuísteis quizá muy severo.

ROD.

Fuí de Felipe segundo leal servidor. Tan terco como ellos en resistirse fui yo en desplomar sobre ellos todo el rigor de las leyes, y á fé que no me arrepiento. Rebeldes eran: cumplí con mi obligacion: mas tengo todavía que volverles cierta partida, y si puedo quedarán tan bien pagados como yo bien satisfecho. Mas las horas vuelan: Cesar, déjame aquí con el preso. Guarda esa puerta por fuera y si llamo acude presto.

### ESCENA V.

DON RODRIGO DE SANTILLANA.

Las diligencias primeras terminaron, y el proceso está entablado. ¡Malditos

Portugueses...! qué de enredos!  
Diez y seis y gente toda  
de probidad, de respeto  
y hasta de ciencia, declaran  
que en el fondo de su pecho  
existe la convicción  
de que el trágico suceso  
es falso y que están seguros  
de que en Africa no ha muerto.  
Unos en Cintra le han visto  
y en Cintra fué donde él mismo  
dijo que compró su espada.  
Otros cruzando le vieron  
el tajo una tarde: el fraile  
dice que en su monasterio  
le rezó él mismo una misa  
antes del Alba y á esto  
para obligarle del Papa  
le mostró bula, y qué cierto  
está de que él era: y todos  
afirman con juramento  
que fueron á Madrigal  
y que le reconocieron.  
Ahora bien: señor Alcalde,  
pise su merced con tiento,  
que es la tierra escurridiza:  
O es él, ó no: en los decretos  
de Dios todo cabé y todo  
cabe en los humanos yerros.  
Si en verdad es él, Alcalde,  
no será en verdad muy cuerdo,  
ahorcarle sin darle al Rey  
de todo aviso primero.  
Si es un impostor...: tambien  
le avisaré y á lo menos  
si se yerra, entre los dos  
el error compartiremos.

Don RODRIGO DE BASTIEN  
Las diligencias primeras...  
terminator y el proceso...  
está entablado; Maldivos...

ESCENA VI.

DON RODRIGO, GABRIEL.

- ROD. Hidalgo!
- GAB. Mas alto piso.
- ROD. Caballero?
- GAB. Todavía  
mas alto.
- ROD. Su Señoría  
me escuse si no le aplico  
su título verdadero:  
mas hablemos un instante  
y de hoy para en adelante  
no erraré en él: porque espero  
que aquí y á solas los dos  
me direis la gerarquía  
que ocupais.
- GAB. Su Señoría  
espera bien: pues por Dios  
que sabiendo yo quien es  
debo de hablar sin reparo.
- ROD. Eso quiero, que hableis claro.
- GAB. Ya vereis.
- ROD. Decidme pues  
Señor Gabriel. *(D. Rodrigo va á sentarse á la mesa.)*
- GAB. Un momento,  
Señor D. Rodrigo.
- ROD. Qué?
- GAB. Vais á sentaros?
- ROD. Si á fé. *(Se sienta.)*  
*(Gabriel trae con mucha calma una silla y la coloca  
frente á la mesa de D. Rodrigo.)*  
Qué haceis?
- GAB. Lo mismo: me sientó.
- ROD. Yo soy Alcalde de corte.
- GAB. Si: mas no sabeis quien soy  
yo, y si mal ó bien estoy  
sentado ante vos.
- ROD. ¿Del porte  
audaz de que usáis conmigo  
buenas razones supongo

que me dareis?

GAB. Me propongo  
hacerlo así.

ROD. Pues prosigo.

GAB. Seguid.

ROD. La duda primera  
que al escucharos me asalta  
es la de que nombre os falta  
digno de vuestra alta esfera.

GAB. Lo tengo.

ROD. Pues no lo sé.

GAB. Gabriel Espinosa.

ROD. Un tal,  
pastelero en Madrigal?

GAB. Sí.

ROD. Pues poneos en pie.  
Señor pastelero. (*Gabriel se levanta.*) Así:  
ante el juez solo se sienta  
quien altos títulos cuenta.

GAB. Como me sucede á mí. (*Se vuelve á sentar.*)

ROD. (*Ap.*) Ir le tengo de dejar  
por donde quiera, y á ver.

GAB. (*Ap.*) Pienso que mi proceder  
le empieza á desconcertar.

ROD. ¿Pues cómo oficio tan bajo  
siendo tan alto elegis?

GAB. Por vivir, cual vos vivis  
de la ley, de mi trabajo.

ROD. Mas mi toga y aranceles  
no deshonran.

GAB. No á fé mia:

pero yo hacer no sabia  
otra cosa que pasteles.

ROD. (*No es lerdo el señor Gabriel.*)

GAB. (*Astuto es el don Rodrigo.*)

ROD. (*Por aquí nada consigo  
pero yo daré con él  
en tierra al fin.*) Caballero!

GAB. Mandad.

ROD. Una relacion  
que os llamará la atenciu,  
contaros quisiera.

**GAB.** Espero que será por lo galana y lo discreta y lo curiosa, la invencion mas injeniosa del señor de Santillana.

**ROD.** Pues oid. Buen capitán mas que rey, de fe tesoro, allá en las playas del Moro, murió el rey don Sebastian; ¿Supongo que de una historia tan pública oísteis algo?

**GAB.** Si viérais que poco valgo en esto de la memoria.

**ROD.** En vuestro horno no me estraña que esteis de noticias falto.

**GAB.** Se que á su muerte de un salto pasó Portugal á España.

**ROD.** Justo: mas hoy los nóveles vasallos, por sacudir sus leyes dan en decir á los pueblos á ellas fieles, que ha sido una usurpacion y pregonan de concierto del Rey en Africa muerto la fausta resurreccion.

**GAB.** Oiga! no está mal pensado.

**ROD.** No, mas la dificultad era el dar en realidad con el rey resucitado. Buscósese con esmero, y hallóse por toda cosa un tal Gabriel Espinosa en Madrigal pastelero.

**GAB.** Vamos, ya caigo: el error de esta semejanza mia hizo á vuestra señoría creer que soy.

**ROD.** (Interrumpiéndole.) Un impostor.

**GAB.** Quién lo dice?

**ROD.** Yo lo digo, y el rey Felipe y el mundo entero.

- GAB. Pues miente el mundo  
y el rey y vos don Rodrigo.
- ROD. Inútil es vuestra audacia:  
testigos tengo allá fuera  
que os acusan por doquiera  
por impostor.
- GAB. Vaya en gracia!  
mas permitid que os arguya  
para llamarme impostor;  
esa impostura, Señor,  
ha de ser mía y no suya.  
¿Y donde hay hombre capaz  
de jurar que he dicho yo  
que era el rey?
- ROD. Vos mismo no.
- GAB. Entonces dejadme en paz.  
Si yo me parezco á un rey  
y el vulgo por rey me tiene  
citar al vulgo os conviene  
pero no á mí ante la ley.
- ROD. Espinosa!
- GAB. Don Rodrigo,  
Aunque en leyes sois muy duchos  
os falta que aprender mucho  
para habéros las conmigo.  
¿Cree buen juez vuestra altiveza  
que á ser yo el que habeis pensado  
estarias vos sentado  
(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va ha-  
blando Gabriel.)  
y cubierta la cabeza?  
Rodrigo de Santillana  
á ser yo el que habeis creído  
hubiérais vos ya salido  
vive Dios! por la ventana.  
(Por quién soy que me ha turbado.)
- ROD. ¿Si contarán con razon  
lo de la resurreccion?
- GAB. (Pobre juez!)
- ROD. (No habría osado  
palabras tan arrogantes  
decir.)

Señor... Si en mal hora,  
Ni tan bajo como ahora  
ni tan alto como antes.  
(Tanta magestad me asombra.)  
Gabriel, quien quier que seais  
manda en mí el rey que digais  
quien sois en fin.  
Una sombra.  
y por que acabemos, voy,  
y afanes para escusaros,  
Señor Santillana, á daros  
cuenta exacta de quien soy.  
Nací donde quiso Dios:  
Si de noble raza bien  
se demuestra en mí: de quien  
me importa callar, y á vos  
saber de mí no os importa;  
prestadme, empero, atencion  
pues va á ser mi relacion  
cuanto complicada corta.  
A penas cumplí la edad  
que se llama juventud,  
con loca solicitud,  
con ciega temeridad,  
abandoné mis hogares  
y en mas remoto emisferio  
dueño del mayor imperio  
pirata fuí de los mares.  
En ellos, profundo osario  
de cien bajeles, guerrero  
alcé mi estandarte fiero  
de Asia y Europa corsario:  
y amontoné mas tesoros  
que guarda el mar en su centro  
y arenas quemadas dentro  
de sus desiertos los moros.  
Ebrio con tanta riqueza  
dejé mi gente y la mar  
queriendo en tierra ostentar  
mi valor y mi grandeza,  
y con el nombre supuesto  
de marqués de Mira-Alba

al lado del duque de Alba  
gané en sus glorias un puésto  
y en la cabeza esta herida; (La muestra.)  
bien es que al que me la abrió  
con mi espada le abrí yo  
las puertas de la otra vida.

ROD. No os daría poca pena  
después.

GAB. Fué un fatal deslíz...!

ROD. No es mala la cicatriz. (Mirándole á la frente.)

GAB. La cuchillada fué buena.  
No me tendió sin embargo:  
el furor me mantenía  
y combatí todavía

hasta caer, tiempo largo.  
Mas arto al fin del oficio  
de lidiar en tierra firme  
licencia para salirme  
por entonces del servicio  
al duque de Alba pedí:

diómela el Duque cortés  
y vedla. (Le da un papel.)

ROD. Su firma es:  
para el marqués...

GAB. Para mí.  
Dí, pues, vuelta hácia la corte

serviéndome mucho en ella,  
primero mi buena estrella,  
después mi lujoso porte.  
Por ese tiempo, de vos  
nadie hablaba todavía  
y á mí el rey me recibía  
con grande amistad.

ROD. (¡Gran Dios,  
entonces fué cuando vino  
el monarca portugués  
á Castilla! Será pues  
este hombre) ¿quién previno  
mas festejos á Usarced?

GAB. No hay porque ocultarlo al fin:  
el conde de Medellin  
con tantos me hizo merced

- que corresponder no supe,  
como era mi obligacion.
- ROD. ¿Y os tuvo tal atencion  
en Madrid?
- GAB. No: en Guadalupe.
- ROD. En ese pueblo?
- GAB. Si tal.
- ROD. No recuerdo de que alli...
- GAB. Al rey de España en él ví  
junto al rey de Portugal.  
Despues... abrid Santillana,  
un paréntesis aquí,  
y poned en él de mí  
cuanto mal os diere gana.  
Básteos saber don Rodrigo,  
que perdí mi oro y mi gloria  
sin que una buena memoria  
me quedara, ni un amigo.  
Por tierra extranjera anduve  
errante como un bandido,  
y el pan que en ella comido  
que mendigármelo tuve.  
¿Mas el desengaño al fin  
que ánimo feroz no doma?  
Llegué arrepentido á Roma  
remando en un bergantín.  
Visité á su Santidad:  
confesion le hice de todo  
y el Santo Padre halló modo  
de absolverme en su piedad;  
dándome por penitencia  
de los pecados sin cuento  
que abrasan mi pensamiento,  
y me abruman la conciencia  
que emprendiera el viaje entero  
del Santo Sepulcro á pie.
- ROD. Y lo hicísteis?
- GAB. Por la féb  
lo juro de caballero.  
Y aun fué mas: su Santidad  
me ordenó que renunciara  
mi gerarquía y que echara

mi nombre en la eternidad.  
He aquí porque no os lo digo.  
Penitente le arrojé  
dentro de ella y le olvidé  
para siempre, don Rodrigo:  
Interesante proemio!  
y á ser tan cierto...  
Lo es tanto  
que tengo del Padre Santo  
por testimonio y por prenio  
esta bula. Me conviene  
que la leais. *(Le dá otro papel.)*  
Os la tomo.  
No está vuestro nombre.  
Y cómo?  
Si á quién se dió no le tiene?  
Proseguid.  
Mi protector  
el Papa en sus santos juicios  
utilizar mis servicios  
imaginó y fiador  
constituyéndose mío,  
me envió á un poderoso Estado  
que al verme tan bien fiado  
fió un bajel á mi brio.  
Venecia fué nuevamente  
del corsario protectora:  
ved de tan noble señora  
D. Rodrigo la patente. *(Le dá otro papel.)*  
Volví al mar: del Africano  
las costas guardando anduve  
y en un combate que tuve  
los dos dedos de esta mano  
perdí: mas, su nave hundida,  
cogí á mi enemigo preso.  
La mano llevo por eso  
siempre en el guante metida.  
El rumbo á Venecia dí  
contento, cuando topé  
con un barco de no sé  
que Argelino: resolví  
abordarle y por despoje

- de esta sangrienta jornada  
rescaté una desgraciada  
niña, á quien con noble arrojo  
defendía un pobre anciano,  
y á quien segun esperaba,  
iba á vender por esclava  
el Argelino inhumano.
- ROD. Y esa niña es doña Aurora?
- GAB. Que pasa por hija mia.
- ROD. Familia, pues, no tenía?
- GAB. Y tiene.
- ROD. ¿Porqué hasta ahora  
no se la habeis vos devuelto?
- GAB. Necesito presentar  
documentos que probar  
puedan que es ella, y resuelto  
estoy conmigo á guardarla  
mientras tanto.
- ROD. ¿Y donde están  
los documentos?
- GAB. Vendrán  
muy pronto: porque entregarla  
mucho á su padre me importa.
- ROD. Pensais que él os dé.
- GAB. Al contrario:  
las riquezas del corsario  
son para ella.
- ROD. Porcion corta  
no será.
- GAB. No habrá á fé mia!  
quien competirla pretenda:  
millones tiene en hacienda:  
millones en pedrería.
- ROD. Donde?
- GAB. En Venecia.
- ROD. ¿Estarán  
en el poder...?
- GAB. Del Estado:  
es ahijada del Senado  
Serenísimo y tendrán  
que devolvérsela salva  
sus parientes á Venecia,

rica y libre cual la precia  
el Marqués de Marialba.

Ya nuestra historia sabeis:  
á que vine á Madrigal

y á que voy á Portugal  
indagadlo si podeis.

Ni sabreis de mí otra cosa,  
ni nadie mas de mí sabe,

solo Dios tiene la llave  
del corazon de Espinosa,

y si mas de lo que digo  
saber importa á la ley

llevadme á Madrid, el Rey  
me conoce, D. Rodrigo.

**Rod.** (Su altivez en confusion  
me pone y su magestad

me asombra. ¿Será verdad  
lo de la resurreccion?

Si miente lo hace con tal  
aplomo y con tanta fé,

que á poco mas le daré  
por el rey de Portugal.

Mas no ha de quedar por mí  
yo he de apurar este arcano:

no dirán que de un villano  
impostor juguete fui.)

(Llama D. Rodrigo y habla en secreto con un alguacil  
que se vuelve á marchar.)

**GAB.** (¿Secretos con el ministro  
de justicia? Estoy al cabo:

tenemos careo: alabo  
por sorprendente el registro.)

### ESCENA VII.

**DON RODRIGO, GABRIEL, el MARQUES DE TAVIRA.**

(Gabriel se aparta á un lado y sentándose se mantiene  
en toda esta escena dando la espalda al Marqués.)

**Rod.** Señor Marqués, perdonad  
si cumpliendo obligaciones

de juez...

**MARQ.** Vuestras atenciones os agradezco en verdad: pero advertid que mañana quiero dejar á Castilla, y que el meson de una villa no es el lugar Santillana que me conviene: os prevengo que hombre soy muy principal y de todo Portugal la sangre mas limpia tengo.

**GAB.** (Ap.) Si mi mente no delira por Dios, que está en mi presencia la hinchada magnificencia del buen Marqués de Tavira!

**ROD.** No os he de faltar en nada: mas quiero que me digais sin doblez cuanto sepais de aquella fatal jornada de Africa; corre el rumor por ahí de que no es cierto que D. Sebastian ha muerto; y aun hay algun impostor que usurpa su augusto nombre.

**GAB.** (Mirándole.) Y el gesto y el ademan: ¡Pobre rey D. Sebastian si en manos cae de este hombre!

**ROD.** Conque decid: ¿es verdad que en Africa el rey murió? que hallá estuvisteis se yó con toda seguridad.

Hablad: Marqués de Tavira vuestra nobleza es notoria: no echeis en su ejecutoria el borron de una mentira.

**MARQ.** Inesperto capitan de mi edad en el vigor esclavo fué mi valor de mi rey D. Sebastian.

Juntos un mismo bajel á tierras del Africano nos llevó: como un hermano

al combate fui con él.

Un mar de sangre corrió:

pero al partirse la suerte

solo el baldon y la muerte

á nosotros nos tocó.

GAB. (No sé porque la memoria

de ese lance me estremece

y me irrita: no parece

sino que cuentan mi historia.)

MARQ. El rey que escudo y celada

tiró para mas grandeza

de valor, en la cabeza

recibió una cuchillada

tal, que la frente serena

le rajó hasta la nariz.

ROD. (A Gabriel.) No es mala esa cicatriz!

GAB. La cuchillada fue buena.

Segun.

MARQ. El rey nuevo Marte

de tan sangrienta jornada

continuó rota la espada

defendiendo su estandarte,

hasta que el filo fatal

de un yatagan Africano

segó de su izquierda mano

dos dedos.

ROD. (A Gabriel.) Si no oí mal

me habeis dicho:

GAB. (Con calma y sin volverse.) Que perdí

dos dedos en un combate

naval.

ROD. Marqués, el remate

de la batalla.

MARQ. Caí

bajo un hachazo á los pies

de mi rey... y no vi mas;

perdí el sentido.

ROD. Quizás

al recobrarle despues...

MARQ. Ya no le hallé: con la luna

tomé del mar el camino

mal tratado peregrino,

- caballero sin fortuna,  
 llevando en el corazon  
 el recuerdo de una hazaña  
 que será, no para España,  
 para su rey un baldon.
- ROD. Señor Marqués de Tavira!  
 esa frase infamatoria.
- MARQ. No tendrá mi ejecutoria  
 el horron de una mentira.
- ROD. Conque en fin, el rey murió?
- MARQ. No lo sé: por vida mia!  
 si lo supiera os diría,  
 señor Alcalde, que no.
- ROD. (Al Marqués llevándole aparte.)  
 Buena memoria tenéis?
- MARQ. Buena.
- ROD. Y vista?
- MARQ. Perspicaza.
- ROD. Si vive y le veis ¿capaz  
 de conocerle seréis?
- MARQ. Si vive habeis dicho!
- ROD. Sí.
- MARQ. Teneis pues, noticias de él?
- ROD. ¿Recibisteis un papel  
 anónimo?
- MARQ. Recibí  
 uno ayer.
- ROD. Y qué os decia?
- MARQ. Las señas de un personaje  
 me daban que iba de viaje  
 y aquí á hospedarse vendria:  
 mandábanme á un comerciante  
 que me daría dinero  
 para pagar del viajero  
 el gasto, y que en el instante  
 fuera á cobrarlo y corriera  
 con el pago y tras el tal  
 viajero hácia Portugal  
 la vuelta sin falta diera.
- ROD. Y cobrásteis?
- MARQ. Si cobré.
- ROD. Y pagásteis?

- MARQ. ¿Pues cobrado por mí, no fuera pagado?
- ROD. Perdonad, é ireis?
- MARQ. Iré.
- ROD. ¿Luego sabéis de quien es el anónimo?
- MARQ. Aunque no lo sé, jamas me engañó en uno.
- ROD. ¿Os ha escrito pués otros?
- MARQ. Varios.
- ROD. Sobre asuntos...
- MARQ. Secretos.
- ROD. Mas, ciertos?
- MARQ. Sí.
- GAB. Siempre que salieron vi ciertos en todos sus puntos.
- GAB. (Ap.) ¡Con famosos servidores cuenta el rey don Sebastian! Pobres reyes! siempre dán con tontos ó con traidores!
- MARQ. Si he concluido, no es cosa de estarme aquí sin provecho.
- ROD. Perdonadme que aun insista: mas ya que memoria y vista teneis, de ese hombre en acecho estad, y del rey en nombre os mando decir, Marqués, si le conoceis, quién es.
- GAB. (Ap.) Santillana es todo un hombre.
- MARQ. (Ap.) Qué diablos de juego es este! Posicion mas engorrosa!
- ROD. (A Gabriel.) Señor Gabriel Espinosa, permitid que os manifieste que habeis descortés andado con el Marqués de Távira que está mirándoos con ira.
- GAB. Se lo habeis vos ordenado?
- ROD. Ved que son los portugueses quisquillosos: despedidle al menos: vamos: decidle

- cuatro palabras corteses.
- GAB. Voy, pues que vos lo quereis.
- ROD. (Yo apuraré la mentira.)
- GAB. Señor Marqués de Tavira?
- MARQ. Jesucristo!
- GAB. Qué tèneis!
- MARQ. Señor... sois vos... aún vivís!
- GAB. Si vivo! pues no lo veis? pero que diablos decís!
- MARQ. Ese gesto, ese ademán, esa voz, ese semblante que no olvidé ni un instante!
- GAB. Es el rey don Sebastian. (Caer de rodillas.)
- IMBÉCIL! á ser de cierto don Sebastian ¿no reparas que antes que me delataras á mis pies te hubiera muerto!
- MARQ. Jesus!
- GAB. ¿Señor Santillaná, que sé, dareis por supuesto, que sois vos quien me ha dispuesto una farsa tan villana?
- ROD. Yo! farsa...! y con qué interés?
- GAB. Salta á los ojos: es fuerza que ya la opinion se tuerza del buen pueblo portugués. Interesa á un impostor ahorcar porque mas en él no espere y soy yo, Gabriel, el que os parece mejor. Ya veis que os he comprendido. Vos y ese hombre los traidores sois aquí y los impostores: con él estais convenido.
- ROD. Yo!
- GAB. Traedme otro Marqués como ese: aunque sean doce. Ni ese sándio me conoce, ni es noble, ni portugués. (Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y á don Rodrigo.)

### ESCENA VIII.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS DE TAVIRA.

ROD. Ese hombre me va á volver  
el juicio á mí. ¡Por mi vida  
que está buena la salida!  
no me queda mas que ver.  
Mas me pone en confusion  
su aplomo, su magestad  
y su audacia... ¿habrá verdad  
en esta resurreccion?

MARQ. Sándio dijo... sándio soy,  
mas contenerme no pude.

ROD. Es él?

MARQ. No habrá quien lo dude.

ROD. Estais seguro?

MARQ. Lo estoy.

ROD. ¿Engañado no os habrán  
vuestro error y su apariencia?

MARQ. No.

ROD. Juráis en conciencia..?

MARQ. Que es el rey don Sebastian.

ROD. (Llamando.) El capitan Santillana.

### ESCENA IX.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS, DON CESAR.

ROD. Ruégoos que me perdoneis,  
señor Marqués; mas me obliga  
mi deber á hacer que el viaje  
suspendais.

MARQ. (Ya no podría  
continuarle: ya le he visto  
y á verle nada mas iba.)

ROD. Escucha Cesar. (A don Cesar, aparte.)

CESAR. Decid.

ROD. Antes de que apunte el día  
deben de partir los presos.

CESAR. A dónde van?

ROD. A Medina.

del Campo.

CESAR. ¿Pues qué razones hay?

ROD. Dos: aquí la atrevida audacia de algunos pocos que mucho á Gabriel estiman pudiera hacer un arresto y burlar á la justicia.

CESAR. Sabeis pues...?

ROD. Yo no se nada. La situacion se complica de tal modo que no hay ciencia ni sagacidad que sirvan para dominarla. Doña Ana de Austria sobrina del rey y Abadesa ahora de las monjas Agustinas de Madrigal y otras muchas personas como ella dignas de respeto, es menester que declaren. En la villa de Madrigal peligroso fuera instalarme: en Medina hay cárcel segura, estoy casi á la distancia misma de aquí que de Madrigal, y hay algunas compañías de arcabuceros.

CESAR. ¿Pues tantas precauciones son precisas?

ROD. Todas son pocas tratándose de una cabeza proscrita, que puede hacer la desgracia de toda una monarquía. Tú le escoltarás, y luego partirás á toda prisa á la corte, para el rey con una consulta mia. Voy á mandar las literas traer, y estar prevenida la escolta que has de llevar. Cesar, la mas esquisita

vigilancia tén: con ellos  
vas guardando nuestras vidas.  
Adios. Seguidme si os place  
señor Marqués de Tavira.

### ESCENA X.

DON CESAR, después DOÑA AURORA.

*D. Cesar aguarda á que se vayan D. Rodrigo y el Marqués: escucha un momento á la puerta del fondo y va abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaucion.*

CESAR. Aurora... Aurora... cerráronla  
en la cámara vecina  
sin duda porque no oyera  
lo que en esta sucedia.

*(Entra y vuelve á salir con doña Aurora.)*

Venid Aurora.

AUR. ¿Qué pasa  
capitan, que así os obliga  
á llamarme?

*(Don César cierra la puerta del fondo.)*

¿A qué cerrais  
las puertas con tanta prisa?

CESAR. Aurora, Aurora! esta casa  
es ya una cárcel sombría  
para vosotros.

AUR. Dios mio!  
qué decís?

CESAR. De la justicia  
en poder estais. Gabriel  
con pertinacia inaudita  
se obstina en callar, é inútil  
todo es con él. Ni le obligan  
las ofertas: ni le mueven  
los ruegos: ni le dominan  
las amenazas. Impávido  
hácia el abismo camina  
con el semblante sereno  
y en los labios la sonrisa,  
cual si pudiera de un sólo

disipar la enfurecida  
tempestad en que sin rumbo  
va la nave de su vida.

AUR. Capitan, es inflexible:  
sus acciones son siempre hijas  
de una decision resuelta  
y de una conviccion íntima  
y no cede.

CESAR. Pues os lleva  
esa condicion altiva  
hoy antes que raye el alba  
á la cárcel de Medina  
bajo mi custodia.

AUR. Entonces..?

CESAR. Ya os he dicho que no había  
ley ni deber que valiera  
para mí lo que una mínima  
insinuacion vuestra: Habladle  
vos que sois su amor,—su hija:  
habladle y decidle: «huyamos:  
D. César nos facilita  
la fuga, huyamos...» y huid  
Aurora: y ya que mi vida  
por un tenebroso arcano  
que vuestro padre no esplica  
está ¡ay de mí! para siempre  
de la vuestra dividida,  
huid, y al menos debédme la  
aunque pierda yo la mia.  
Huid: nada hay que me espante:  
seré traidor, si es precisa  
la traicion para salvaros.

AUR. Dios hará que tal mancilla  
sobre vuestro honor no caiga  
(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Ga-  
briel.)  
él va á salir... ¡que me asista  
rogad al cielo...! y dejadme  
con él. (Vase D. César cerrando la puerta.)

Trae embebecida  
su alma en los pensamientos  
de hiel que le martirizan.

(Sale Gabriel, sombrero, los brazos cruzados, sin ver á Aurora que se ha retirado á un lado, y habla consigo mismo.)

### ESCENA XI.

DOÑA AURORA, GABRIEL.

- GAB. A él solo, sí, desenredar le toca  
la peligrosa red que se me tiende:  
solo el rey puede descoser mi boca;  
él solo : si me salva ó si me vende,  
él con Dios se verá: no es cuenta mia.  
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea  
la que el cielo me dé; mas vendrá un día  
en que todo mortal con Dios se vea,  
y en aquel día en que de Dios espero  
temblar ante el semblante soberano,  
yo, de cetro en lugar, tener prefiero  
una palma de mártir en la mano.
- AUR. Ni una mirada para mí?
- GAB. Mi Aurora,  
único sol, que en mi sombría frente  
disipa con la luz de una sonrisa  
las nubes del pesar que la ennegrecen;  
perdóname si en reflexiones tristes  
abismado ante tí pasé sin verte.  
Mas, porqué el llanto tu mirada enturbia?  
porqué la agitacion que te conmuebe?  
Qué te asusta, mi bien?
- AUR. Riesgos traidores,  
te acechan por do quier, tal vez la muerte  
¿y te admira, señor, de que mi llanto  
copioso y triste mis mejillas riegue?
- GAB. Te engañas.
- AUR. Tú: la misteriosa nube  
que impenetrable tu existencia envuelve:  
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue  
de un juez, terror de cuantos nobles seres  
asilo hallaron nacimiento ó nombre  
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.
- GAB. Quién te lo ha dicho?

- AUR. Yo lo sé.
- GAB. Pregunto  
quién te lo ha dicho.
- AUR. El capitán que tiene  
mas de leal, de noble y generoso  
que tú de franco con quien mas te quiere.
- GAB. Aurora!
- AUR. No receles que mis labios  
dejen salir palabras imprudentes,  
que á impulsó de un amor desatinado  
compliquen mas la situación presente.
- GAB. ¿De don César, al fin, de Santillana  
al fuego dió tu corazón albergue?
- AUR. Mi corazón entero es de otro hombre  
y me son los demás indiferentes:  
ni te hablara yo de él en esta hora  
que habrá de ser para los dos solemne.  
Yo quiero al capitán porque tú mismo  
me viniste á decir, «Aurora quíerele»  
mas yo le quiero porque tú lo mandas  
porque quiero no mas lo que tú quieres.
- GAB. Quíerele Aurora porque ya es acaso  
el solo amigo que tu padre tiene.
- AUR. Mi padre, sí; mi cariñoso padre...!  
¿no es este el nombre que emplear conviene  
en esta situación?
- GAB. Silencio Aurora:  
que es el encanto de mi vida advierte  
ese nombre feliz.
- AUR. Pero ese nombre,  
dímelo de una vez ¿te pertenece?
- GAB. Quién te lo hizo dudar? Quién te lo dijo?
- AUR. La que á tu lado y con placer mil veces  
y acaso en busca de la paz perdida  
veló tu sueño y sorprendió inocente  
tu secreto.
- GAB. Gran Dios! ¿y nada dige  
de mi vida anterior? ¿de otros placeres,  
de otros tiempos en fin?
- AUR. Nada digiste,  
nada Señor: mas aunque dicho hubieres  
en el pecho de Aurora lo enterraras

- que en tí á sufrir como á callar aprende.
- GAB. (Miserable de mí! porque el misterio que intentan aclarar oculto queda siempre en mi corazón; ¿será preciso que yo mismo la lengua me cercene?)  
(*Cabriel escucha desde aquí como distraído en sombrias reflexiones.*)
- AUR. Padre.
- GAB. Explícate Aurora.
- AUR. Oye: al impulsó de una curiosidad impertinente, ó de otro sentimiento inexplicable que en mí se agita y que en mi alma enciende la misteriosa luz de una esperanza lejana, incierta, misteriosa, débil, cedí Señor, y en la callada noche mi lecho abandoné... porque á mi mente mil visiones de amor se amontonaron en confuso tropel, puras y alegres como las olas que la mar en calma sobre sus lomos incansable mece; como las aves que en el árbol saltan trinando al son de la escondida fuente.
- GAB. Prosigue Aurora.
- AUR. Abandoné mi lecho, y al tuyo me acerqué, como quien teme ser sorprendido en criminal intento por un extraño que á su lado duerme. Tu faz un punto contemplé y mi labio un ósculo filial puso en tu frente. Me oyes Gabriel?
- GAB. Prosigue, Aurora mía, tu voz la voz de un ángel me parece.
- AUR. Al contacto sutil del labio mio sonreíste, señor: y tu voz débil oí que el nombre mio murmuraba entre esos ayes con que el mal divierte de una pasión, el que vivió en el mundo secretos hondos ocultando siempre; y entonces supe por la lengua misma que hablar en sueños indiscreta suele, que sí es la tuya misterioso arcano

- espesa sombra mi existencia envuelve.  
GAB. Y entonces?  
AUR. Me aparté ruborizada  
de quien mi padre no es: sentí más fuerte  
latir mi corazón: sentí otra sangre  
circular por mis venas más ardiente:  
sentí en presencia del mayor cariño  
mi cariño filial desvanecerse,  
y al apartarme de tu lecho trémula  
un ósculo de amor grabé en tu frente.  
GAB. No lo digas jamás, Aurora mía.  
Jamás á nadie tu pasión reveles:  
quemá los labios que en mi frente seca  
pusiste: quemá el corazón rebelde  
que, el cariño filial de sí arrojando,  
dió á mi cariño en su lugar albergue.  
AUR. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es hijo  
de tu callado amor.  
GAB. Tú lo mereces:  
tú eres la sola flor que brotar hizo  
en mi camino Dios... Dios que al ponérme  
sobre la tierra me alfombró de espinas  
la senda que mis pies recorrer deben;  
pero yo no merezco tu amor santo:  
yo soy un árbol cuyo tronco estéril  
despojado de vida por el rayo  
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.  
AUR. No, no: tú eres un árbol cuya sombra  
cobijó mi niñez: cuyo ámbra bebe  
mi pobre corazón de quien tú solo  
sombra, delicia y alimento eres.  
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,  
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente  
brotase, para encanto de tu vida,  
de esta pasión correspondida el germen.  
GAB. Tienes razón Aurora, reconozco  
en tu amor la piedad omnipotente.  
Tienes razón Aurora, Dios del Cielo  
te envía un ángel de los cielos eres.  
AUR. Escúchame Gabriel.  
GAB. Habla.  
AUR. En el nombre

de esa pasión que en nuestras almas hierva  
desaparezcan hoy esos misterios  
que nuestras dos historias oscurecen.

GAB. Imposible.

AUR. No temas que me espante  
Gabriel ni me arrepienta, conociéndote,  
de haberte amado nunca.

GAB. Es imposible.

AUR. Habla. Dime quien soy: dime quien eres.  
Si eres villano y en tus venas viles  
la sangre impura y maldecida tienes  
de raza hebrea ó de morisca tribu,  
yo te amaré Gabriel: si reales puedes  
ostentar de tu estirpe en el escudo  
coronados y espléndidos cuarteles,  
yo te amaré Gabriel: si eres acaso  
criminal fugitivo y por mí temes  
de un patíbulo infame la deshonra,  
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres  
á un sacerdote y que con lazo eterno  
anude nuestras almas; y no pienses  
que el deshonor de criminal memoria  
me espante: te amo con amor tan fuerte  
que oraré mientras viva en tu sepulcro  
orgullosa del nombre que me dejes.

GAB. Calla, Aurora, deliras!

AUR. Un momento

Gabriel, óyeme aun, no te impacientes.  
Si eres un impostor, un ambicioso  
cojido al fin entré sus propias redes,  
huyamos: tienes ocasion y tiempo:  
sí, nuestra fuga el capitan protege,  
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia  
arrastrando á remoto continente.

GAB. Aurora!

AUR. Hoy á la cárcel de Medina  
rayando el alba trasladarnos deben,  
y el capitan que en nuestra guarda parte.

GAB. Silencio Aurora, ¿Deshonrarle quieres  
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo  
cuando en su guarda el infeliz me lleve  
morirá en mi lugar y que al fugarme

- me doy por criminal siendo inocente?  
Yo no huiré jamás: ni se, ni quiero,  
ni nací para huir: ya muchas veces  
la he visto cara á cara, y en el pecho,  
no por la espalda me herirá la muerte.
- AUR. Hiéranos á los dos un mismo golpe.  
GAB. Tú no debes morir: aun que hacer tienes  
sobre la tierra.
- AUR. Qué sin ti?  
GAB. Llorarme.
- AUR. Me lo mandas?  
GAB. Yo no: Dios: obedece.  
Dios me pone en los labios un candado,  
no le intentes romper. Pura, inocente,  
noble eres tú: si á deshonrada tumba  
mi silencio me lleva; Dios lo quiere.  
Inclina Aurora la cabeza humilde  
bajo la voluntad omnipotente,  
y ora en mi tumba sin vergüenza Aurora:  
mártir me quiere Dios y obedecerle  
es fuerza: vive: y si te dice el mundo  
que he sido un impostor, el mundo miente.  
Yo no he dicho jamás que era el que buscan  
y á morir me enviarán sin conocerme.  
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora  
mientras los hombres libertad te dejen,  
y si te culpan como á mí, en silencio  
digna siempre de mí como yo muere.
- AUR. Tú me lo mandas? Obedezco: sea,  
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

## ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CESAR, *después* DON RODRIGO.

CESAR. Don Rodrigo sube.

GAB. (A don Cesar.) Oid  
antes. Si en algo apreciáis  
á Aurora, ved como enviais  
ese papel á Madrid.  
(Gabriel da una carta á don Cesar que la toma rápida-  
mente.)

CESAR. Sabeis que mi fe la aprecia

en mas que mi mismo honor.  
Yo le llevaré.  
GAB. Al señor  
embajador de Venecia.

**ESCENA XIII.**

Dichos, un ALGUACIL, despues DON RODRIGO.

ALG. (Entrando.) Su señoría.  
GAB. Aguardamos  
sus órdenes.

ROD. (Entrando.) Os espera  
állá abajo una litera,  
señor Gabriel.  
(Gabriel tomando de la mano á doña Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:)

GAB. Pues partamos.

ROD. ¿Ni inquiris á donde vais  
ni tomáis vuestro equipaje?

GAB. Vos que disponeis mi viaje,  
sabreis como me llevais.  
Conmigo.

ROD. Pues ya tardamos.  
Vuestros cofres van con sellos.

GAB. Haced lo que os plazca de ellos.

ROD. Pues cuando gustéis.

GAB. Pues vamos.

(Vánse: delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don Cesar.)

**ESCENA XII.**

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO III.

*Sala de juicio en la cárcel de Madrigal, decoración ochavada; puerta en el fondo, balcon á la derecha, al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel, puertas á la izquierda de otros calabozos, mesa con papeles, plumas, etc.*

### ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO *y el* ESCRIBANO, *sentados á la mesa.* GABRIEL *al otro lado en un sillón reclinado tranquilamente, y como ageno á lo que pasa á su rededor.*

ESCRIB. Señor, no duerme.

ROD. Y qué mal?

hallais en que esté despierto?

ESCRIB. Que escucha.

ROD. Es un hombre muerto;

que escuche ó no ya es igual.

Seguid leyendo.

ESCRIB. *(Tomando un papel de la mesa.)* Un oficio del doctor don Juan de Llanos.

ROD. Qué dice?

ESCRIB. Que siendo vanos interrogatorio y juicio, mandó dar á fray Miguel el dia cinco tormento.

- ROD. Y qué dijo?
- ESCRIB. Que era invento  
suyo lo de que Gabriel  
fuese el rey de Portugal,  
y que le movió á este engaño  
el intento de hacer daño  
al rey don Felipe.
- ROD. Mal  
salió. Leed.
- ESCRIB. (*Otro papel.*) Peticion  
de la nominada Aurora.
- ROD. Y qué pide esa señora?
- ESCRIB. Ver á su padre.
- ROD. Ocasion  
llegará de que le vea  
cuando esté ya confirmada  
su sentencia, y no haya nada  
que temer de que así sea.
- ESCRIB. (*Otro papel.*) Novena solicitud  
del preso llamado Arbués.
- ROD. Qué solicita?
- ESCRIB. Que pues  
vivirá poco, en virtud  
de haberle dado tormento,  
se quisiera despedir  
de su amo antes de morir.
- ROD. No ha lugar: hasta el momento  
de la real confirmacion  
de su sentencia, si vive.
- ESCRIB. (*Otro papel.*) Una carta que os escribe  
un anónimo.
- ROD. Cuestion  
diaria,—amenazas, fieros  
contra mí y contra los jueces:  
juramentos y sandeces  
de rebeldes ó embusteros.  
Adelante.
- ESCRIB. (*Una carta.*) Para el juez  
don Rodrigo Santillana:  
carta, que hoy por la mañana  
llegó de Madrid.
- ROD. Pardiez!

Y así os estábais con ella?  
dadme acá.

ESCRIB. Tomad, señor.  
De Cesar. (*Leyendo.*) «Del portador  
mañana sobre la huella  
partiré con media jornada  
ante mí llegará á esa :  
ni puedo darne mas priesa,  
ni hasta hoy del rey hizo nada.»  
¡Gracias á Dios que tocamos  
en el fin de ese proceso!  
llevaos vos todo eso,  
escribano.

ESCRIB. Os esperamos?  
ROD. Afuera ; y si algun correo  
de la corte de Madrid  
llega, que suba decid  
al punto.

ESCRIB. Está bien. (*Váse el Escribano.*)

## ESCENA II.

GABRIEL, DON RODRIGO.

ROD. (*Ap.*) Deseo  
salir de este laberinto  
de una vez y de ese hombre  
á quien no hay nada que asombre.  
Me repugna por instinto,  
Su faz sombría, su calma  
imperturbable, su irónica  
conversacion, su sardónica  
sonrisa eterna, en el alma  
me infunden honda inquietud,  
no me acusa la conciencia  
de nada : di la sentencia  
con severa rectitud,  
conforme á ley ; mas presiento  
que hay en todo esto un arcano  
que sondar pretendo en vano  
y deja sin complemento  
la obra de la justicia.

Exhala ese hombre satánico  
no sé qué de frío y pánico...

En fin, poco resta ya.

Si el rey la sentencia  
firmada, el último día

es hoy que calor le da.

Dormis señor Espinosa?

GAB. Casi, casi; señor juez.

ROD. Cansado estais?

GAB. Psé!

ROD. ¿Tal vez

sufris dolor

GAB. Poca cosa.

ROD. Aquí estareis menos mal

que en la torre.

GAB. Así, así.

ROD. Que apreciárais mas creí

mi caridad.

GAB. Me es igual.

ROD. ¿Tal vez me guardais rencor

por la cuestion?

GAB. ¡Brava pena

por Dios!

ROD. La prueba fué buena.

GAB. Pudo haber sido mejor.

ROD. Confieso que fué cruel

el tormento.

GAB. Pero inútil.

ROD. Lo creeis prueba tan fútil?

GAB. Ya lo veis?

ROD. Volver á él

podemos aun.

GAB. Volviérais

á ver lo que visteis ya.

ROD. La segunda vez quizá

vuestro silencio rompiérais.

GAB. Sería inútil fatiga;

y ahora que hablamos de esto

de hoy para entonces protesto

contra todo cuanto diga;

y ya podeis calcular

- que si en negar doy despues  
lo dicho, el tormento es  
cuento de nunca acabar.
- ROD. ¡Por Dios que sois hombre fuerte  
y gastais bizarro humor!
- GAB. Soy terco y sufro el dolor;  
soldado soy, y á la muerte  
voy como iba á la pelea:  
más despacio ó más aprisa  
hallarla es cosa precisa;  
mas temerla es cosa fea.
- ROD. Vuestra fortaleza envidio:  
mas noto en vos há un momento  
tristeza y decaimiento.  
Qué teneis?
- GAB. Que me fastidio.
- ROD. Qué os fastidiais!
- GAB. Sí, á fé mia!  
Tres meses há que aquí estoy  
y lo mismo hacemos hoy  
que hicimos el primer dia.  
«Traed ante mí á Gabriel.»  
Vuelta vos á preguntar,  
vuelta yo á no contestar:  
«Al calabozo con él.»  
Vuelve á amanecer el dia,  
y vuelta á sacar al preso,  
y vuelta á leer el proceso,  
y vuelta á nuestra porfía.  
«Hablad, señor Espinosa.»  
«No quiero, señor alcalde.»  
«Que habeis de hablar.»—«Que es en balde.»  
Y siempre la misma cosa.  
No hubo mas que la semana  
en que me dísteis tormento  
que variara —y ya me siento  
casi bueno Santillana.
- ROD. Me amedrenta ¡vivé Dios!  
vuestra eterna sangre fria.
- GAB. Tambien me amedrentaria  
á mí si fuera que vos.
- ROD. Vuestra osada impavidez

cada día toma creces.

GAB. Sí; parecemos á veces el reo vos y yo el juez.

ROD. Es que á veces hallo en vos un misterio que me espanta.

GAB. Es que tal vez se levanta tras mí la sombra de Dios.

(Pausa.)

ROD. Yo creo señor Gabriel, que no es Dios, es Satanás quien de vos está detras y os dejais llevar por él.

¿A qué hombre de sano seso no hartarán vuestras pesadas continuas baladronadas que llenan vuestro proceso?

¿Qué son pues vuestras preñeces y siniestras reticencias?

GAB. Tembladlas, si son sentencias: reidlas, si son sandeces.

ROD. Pues bien: hablad de una vez: si ese secreto fatal

existe en vos haceis mal de ocultarlo á vuestro juez.

Si sois quien juzgan, decid: «Yo soy»... probadlo y mañana.....

GAB. (Variando de tono.) ¿Cuándo vendrá, Santillana, el capitán de Madrid?

ROD. Hoy mismo.

GAB. ¡Gallardo mozo!

Le quereis mucho?

ROD. ¿Pues no, si es mi hijo?

GAB. Tambien yo le quiero bien y me gozo con su vista. ¿No teneis mas hijos que él?

ROD. Nada más.

GAB. Ni los tuvisteis jamas?

ROD. Las preguntas que me haceis, Espinosa...

GAB. Son sencillas.

- ROD. No sé que se me figura  
que hay en ellas...
- GAB. ¿Por ventura,  
os preguntó maravillas?  
Teneis un hijo mancebo  
y si hubísteis os preguntó  
mas que él: no hay en el asunto  
de mi cuestion nada nuevo.
- ROD. ¡Jamás podré conseguir  
arrancar de vuestra faz  
ese sarcasmo tenaz!  
Qué me teneis que decir?  
Acabemos, Espinosa:  
esa burlona altivez  
que escita en mí alguna vez  
una duda misteriosa  
Qué significa? ¿parece  
que no os habeis convencido  
de que juzgado habeis sido,  
de que ya no os pertenece  
vuestra acotada existencia,  
y de que segun la ley  
no falta sino que el rey  
confirme vuestra sentencia?  
¡Parece que en vuestro pecho  
hay una firme esperanza  
que os da audacia y confianza  
contra esa ley!
- GAB. Es un hecho.
- ROD. ¿Creis que no firmará  
el rey?
- GAB. Esa es cuenta suya:  
Dios por sus obras le arguya.  
¿Le habeis vos escrito ya  
que pido verle?
- ROD. Y respuesta  
aguardo, ¿mas si apelais  
al rey en vano?
- GAB. Me ahorcaís,  
y se concluyó la fiesta.  
(Don Rodrigo mira á Gabriel con asombro: Gabriel  
permanece sereno.)

- ROD. Sospécheme que estais loco.
- GAB. Tal vez.
- ROD. Aunque mas bien creo  
que es otro vuestro deseo.
- GAB. Cuál creéis?
- ROD. Ir poco á poco  
dilatando la sentencia  
dando á entender que aun hay mas  
que esperar de vos.
- GAB. Quizás.
- ROD. Pues os protesto en conciencia  
que hoy tendrá fin vuestro afan:  
si el rey no manda otra cosa  
morís hoy por Espinosa,  
ó por rey don Sebastian.  
Basta ya de dilaciones  
harto estoy de toleraros:  
y me es ya en mengua trataros  
con tales contemplaciones.  
Vos sois un villano artero,  
un taimado embaucador,  
que esperais suerte mejor  
dandoos por un caballero.  
¡Un necio, que aguarda en vano  
negándose á confesar,  
que nunca le han de matar  
como á un infame pagano  
sin confesion: mas caeis  
en un miserable error:  
si no quereis confesor  
sin confesion morireis.  
Y no teneis que cansaros:  
no me habeis de aventajar:  
si os obstinais en callar  
yo me obstinaré en ahorcaros.  
Ahora os reis?
- GAB. (riéndose) Sí por Dios!  
y no he muerto ya de hastío  
porque como ahora me río  
mil veces.
- ROD. De qué?
- GAB. De vos.

**Rob.** De mí? en vuestra audacia loca  
os olvidais á mi ver  
que os puedo mandar poner  
una mordaza en la boca.

**GAB.** Verme mudo os diera pena;  
de que es estoy persuadido  
mi voz para vuestro oído  
el cantar de la sirena.  
Mordaza! de vuestros fieros  
á pesar, si lo procuro  
de veras, estoy seguro  
señor juez de adormeceros.  
Ya me parece ¡pardiez!  
que comenzais á turbaros  
y no he hecho mas que miraros.  
Os voy á decir buen juez  
lo que pasa en vuestro pecho:  
á fuerza de ir y volver  
sobre quien soy, de mi ser  
un fantasma os habeis hecho.  
Sér superior me imagina  
vuestra razon exaltada,  
y mi voz y mi mirada  
os deslumbra y os fascina.  
Todo se os vuelven antojos:  
si os miro fijo á la cara,  
os turbais como si echara  
fuego ó sangre por los ojos.  
Si en paz llevando mi suerte  
alejo de mí el pesar,  
creéis que voy á evitar  
con algun filtro la muerte.  
Si de vuestros hijos hablo  
y por ellos os pregunto,  
no parece sino asunto  
de vendérselos al diablo.  
Si levanto un poco mas  
estando solos la voz,  
cual de una bestia feroz  
temeis, y os echais atrás.  
Y si al hablarme con saña  
vos, os hablo con violencia,

os doblais en mi presencia  
como ante el viento la caña.  
Tan hondo y siniestro influjo  
he adquirido sobre vos  
que, ¡no os lo demande Dios!  
me estais suponiendo brujo.  
No parece Santillana  
sino que sabeis que puedo  
haceros temblar de miedo  
cuando me diere la gana.  
¿Y no es verdad, D. Rodrigo,  
no es verdad que mi semblante  
os está siempre delante;  
que andais, que soñais conmigo?  
¿No es verdad que se os alcanza  
que tendrá alguna razon  
al mostrar mi corazon  
tan osada confianza?  
¿No es verdad que todo cabe  
en hombres y que tal vez  
en vuestra vida de juez  
hay algun secreto grave  
que creeis hundido vos  
en la eternidad oscura,  
y que temeis por ventura  
que me lo revele Dios?  
¿No es verdad que cuando á solas  
hablo con vos, don Rodrigo,  
va vuestra alma en lo que os digo  
como nave entre las olas,  
esperando de un momento  
á otro verse sumergida  
por la mar embravecida  
de mi airado pensamiento?  
¿No es verdad que habeis cruzado  
una vez el Portugal  
y cerca de Setubal  
en mitad de un despoblado  
un monasterio habeis visto,  
cuya sagrada vivienda  
fué teatro de una horrenda  
profanacion?

- ROD. Jesucristo!
- GAB. ¿No es verdad que cuando clavo mis ojos en vuestro rostro os hieló el alma y os postro á mis pies como un esclavo? De rodillas, Santillana: vuestra vida está en la mia: vivireis mas que yo un dia; si yo muero hoy, vos mañana.
- ROD. Dios me valga! (D. Rodrigo se arrodilla.)
- GAB. Calla! ¿y vos lo tomáis como os lo digo? Si esto es farsa, don Rodrigo: serenaos, vive Dios!
- ROD. Con que es decir...?
- GAB. Que divierto mi fastidio, Santillana.
- ROD. (Furioso.) No hareis lo mismo mañana.
- GAB. (Con calma.) Ahorcándome hoy, no por cierto.

### ESCENA III.

Dichos, el ALGUACIL.

- ALG. Su merced el capitan Santillana.
- GAB. Qué nos cae del cielo.
- ROD. Y que el fallo trae del rey.
- GAB. Fin de nuestro afan.

### ESCENA IV.

DÓN RODRIGO, GABRIEL, DON CESAR.

- ROD. Traes tú los despaches?
- CESAR. Si.
- ROD. Mas qué teneis padre?
- ROD. Nada.
- CESAR. Traes la sentencia aprobada?
- CESAR. Sí.

- ROD. Dónde está?
- CESAR. *(Dándole un papel.)* Vedla aquí  
*Don Rodrigo, toma, abre y lee el pliego que le dá don Cesar y dice llamando:*
- ROD. Ola! *(Entran algunos alguaciles y el Escribano.)*  
 Cúmplase la ley.  
 Avisad al confesor  
 y al verdugo egecutor  
 de las justicias del rey.  
 Escribano, evacudad vos,  
 la postrera diligéncia:  
 intimadle la sentencia,  
 y que se encomiende á Dios.
- CESAR. Señor...
- ROD. Silencio! Leed.
- ESCRIB. *(Empezando á leer.)* Vista y fallada...
- ROD. *(Interrumpiéndole.)* Adelante:  
 la aprobacion es bastante:  
 fórmulas á un lado, haced.

*(Escribano leyendo.)* «Y en atencion á que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes á la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastian rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisicion y posesion: y en atencion á que el Marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastian: y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraido empréstitos y armado gentes para concitar á la rebelion á los pueblos en favor suyo: y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa noha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastian, antes ha contribuido á hacer creer á los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamas quien sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que, á su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastian se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley

Mahamet y traído de Africa al Monasterio de Belen donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traïdor á su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastian. Por cuyas razones le condenamos á ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza á una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivi6, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo el rey.»

GAB. (*Con ira.*) Traïdor yo, impostor, infame? Muerte á mí con tal afrenta?

Que Dios me la tome en cuenta (*Serenándose.*) cuando á su juicio me llame.

(*Al Escribano.*) Teneisme más qué leer?

ESCRIB. Nada mas.

GAB. Pues despachemos y tiempo no malgastemos.

Sea lo que haya de ser.

CESAR. (*Indomable corazon!*)

ROD. (*Incomprensible fiereza!*)

ni aun inclinó la cabeza

para oir la intimacion.)

GAB. Alcalde, estais demudado,

trémulo... por vida mia!

Cualquiera imaginaria

que érais vos el sentenciado.

ROD. (*Airado.*) Pronto lo viera. Teneis

de vida tres cuartos de hora.

GAB. Son las cinco y cuarto ahora.

ROD. Encerradle.

GAB. (*A D. Rodrigo.*) Hasta las seis.

ROD. Despejad.

(*Llevan á Gabriel á su encierro y vâense el Escribano y los alguaciles por el fondo.*)

## ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CESAR.

CESAR. Padre, qué es esto?

ROD. Que es fuerza que ese hombre muera.

CESAR. Dadle un dia.

ROD. Ni siquiera

- una hora.
- CESAR. Que dispuesto muera al menos cual cristiano.
- ROD. Muera, y sea como fuere.
- CESAR. Sin confesion!
- ROD. No la quiere, es un hereje: un pagano.
- CESAR. Padre, estais ciego de ira.
- ROD. Ira es lo que aparento, ira Cesar: pero miento, es terror lo que me inspira ese hombre de Satanás.
- Y yo ¡imbecill! que le daba tormento porque no hablaba; no, no: que no hable jamas.
- Que le lleven al cadalso con una mordaza puesta: que no hable con nadie: en esta hora cuanto diga es falso.
- CESAR. Padre, sospecho, ay de mi! que se os desvanece el juicio.
- ROD. Es obra de un maleficio.
- CESAR. Os maleficiaron?
- ROD. Sí.
- CESAR. Supersticion!
- ROD. Ya lo ves: Gabriel me malefició, y él ha de morir ó yo.
- Ya firmó el rey: muera pues.
- CESAR. Padre!
- ROD. Cesar... hijo mio!
- CESAR. Estais delirando!
- ROD. ¿Alguno me escuchó acaso?
- CESAR. Ninguno.
- ROD. (De mí propio desconfío.)
- CESAR. Padre, algun mal os acosa; temblais... estais demudado.
- ROD. Algun vértigo: he velado tantas noches de Espinosa con el proceso maldito, me ha dado tanto que hacer,

que en mí no estoy hasta ver  
qué de en medio me le quitó.

Mas no fué nada : pasó  
ya Cesar. Veamos pues,  
los despachos de la corte.

CESAR. Tomad : aquí los teneis.

ROD. Esta es la consulta mia,  
esta la aprobacion del  
consejo : esta la carta  
de su Magestad el rey,  
y este otro pliego sellado  
de quién es?

CESAR. Yo no lo sé:  
me fué entregado en palacio  
con todos ellos.

ROD. Por quién?

CESAR. Por el rey mismo.

ROD. A ver : ábrele.

CESAR. Una real órden.

ROD. Pues lee.

(Don Cesar leyendo.)—En nombre del rey.—Por la presente,  
pondreis en libertad en la hora en que la recibiereis, y sobre-  
seyendo en su causa, si hubiereis procedido á formarla contra  
ella, á doña Aurora Espinosa, detenida y á vuestras órdenes  
en la cárcel de Madrigal: dejando disponer libremente de sí  
misma á dicha doña Aurora, como fuere su voluntad.—Ma-  
drid, etc.—A don Rodrigo de Santillana.—

ROD. En libertad? No comprendo  
tal órden del rey.

CESAR. Y está  
bien terminante.

ROD. Y será  
cumplida. Sigue leyendo.

CESAR. Otro pliego para mí.

ROD. Rompe la nema y aparta  
la cubierta. Qué hay?

CESAR. Aquí  
viene un papel y otra carta.

ROD. Lee.

CESAR. Dice el papel así:

(Lee.)—En nombre del rey.—Otogamos licencia para dejar

el servicio de S. M. temporal ó absolutamente como mas le conviniere, al capitan del primer tercio de Flandes, don Cesar de Santillana.

ROD. Y para qué?

CESAR. Qué se yo?

ROD. Tú no la has pedido?

CESAR. No.

ROD. Sigue. (Qué es esto, ay de mí!)

(Don Cesar lee.) Y ordenamos al dicho capitan don Cesar, por ser así del agrado de S. M. conducir con todo honor, y escoltar con toda seguridad, durante su viage por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, á doña Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana y salva en estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima.

ROD. Ira de Dios! Todo ahora lo comprendo.

CESAR. ¿Qué es señor lo que comprendéis?

ROD. Tu amor desventurado! á esa Aurora.

CESAR. Es cierto: un amor profundo; mas no os traiga con cuidado, que es e! mas desesperado que hubo jamas en el mundo.

ROD. Lo ves? Ah! tambien á tí te han maleficiado: pero responde Cesar: yo quiero saberlo ya todo; di. Tú con ella en connivencia, huir con seguridad queriendo, su libertad conseguiste y tu licencia.

CESAR. No, á fe mía.

ROD. Sí, arrastrado por sus sortilegios has trabajado en contra mía con temeridad impía y en favor suyo.

CESAR. Jamás.

Que tuve siempre confieso

- simpatía misteriosa  
é interés por Espinosa,  
pero no obré en su proceso.  
Amé á Aurora, la amo aún;  
mas mi pasion despechada  
es imposible y no hay nada  
entre los dos de comun.  
Mientras viva la amaré:  
pero este amor solitario  
de mi pecho en el santuario  
solo yo conservaré.
- ROD. Otro misterio!
- CESAR. Tremendo  
sin duda, padre: mas puede  
conmigo, y ni brio cede  
á su poder.
- ROD. No lo entiendo.
- CESAR. Ni yo se decir mas de él,  
sino que Aurora, señor,  
no nació para mi amor.
- ROD. Quién te ha dicho eso?
- CESAR. Gabriel.
- ROD. Infeliz! es su manceba.
- CESAR. Quien tal os dijo ha mentido,  
señor.
- ROD. Ella misma ha sido.
- CESAR. Ella?
- ROD. En la primera prueba  
del tormento.
- CESAR. Cielo Santo!  
La habeis puesto en el tormento?
- ROD. Es débil y habló al momento.
- CESAR. Me paraliza de espanto!  
¿Qué abismo es este de males  
que por do quier nos circunda?  
¿Qué trama esta tan fecunda  
de misterios!
- ROD. Los fatales  
hijos de esa negra trama  
tan solo puede romper  
la muerte y hoy ha de ser.  
Que mueran él y su dama.

- CESAR. Imposible! mintió.
- ROD. Quién?
- CESAR. Ella: no puede tampoco ser de Gabriel.
- ROD. ¿Quieres loco volverme?
- CESAR. No: se muy bien lo que digo: esa muger es prenda de una venganza: solo con esa esperanza la conserva en su poder.
- ROD. ¿Ella de venganza prenda y en su poder? Dios me asista! de este arcano ante mi vista se aclara la sima horrenda. ¡Ola! (*Toca la campanilla y entra un alguacil*)
- En libertad á Aurora poned al punto y aquí traedla. Escucha, ay de mí! escucha, Cesar ahora un secreto horrible: ese hombre que no es nada y que lo es todo, de quien de saber no hay modo religion, patria, ni nombre: ese hombre á quien nada espanta cuya altivez nadie doma, penitente humilde en Roma peregrino en tierra santa. Soldado en Flandes, Marqués en Madrid, Corso en Venecia, que alma y vida menosprecia como al polvo de sus pies: á quien no rinde el tormento y cuyo espíritu fuerte vé á un paso de sí la muerte y se sonríe contento; no es criatura, es fantasma; no es vivo, es aparicion, quimera, ensueño, vision, mas que de terror me pasma. Es un hombre de otra edad: un hombre que estando muerto

- halló su sepulcro abierto  
y huyó de la eternidad  
mis pasos para seguir:  
es la sombra de otro ser  
que sale á la tierra á ver,  
nuestra sepultura abrir.
- CESAR. Ay de mí! el continúo afan  
del proceso de Gabriel  
os hizo concebir de él  
esas quimeras que estan  
trastornandoos la razon.
- ROD. Dices bien... si... no comprendas  
jamás las causas horrendas  
de mi ruin supersticion.

### ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CESAR, DOÑA AURORA.

- AUR. Libre!.. jamás esperé  
que nos olvidara Dios:  
ni de haber fiado en vos  
jamás me arrepentiré,  
pues duda no queda en mí  
de á quien debo, capitán,  
la libertad que me dan,  
cuando os vuelvo á ver aquí.
- ROD. Despeja.—Escuchad Aurora:
- AUR. Porqué le mandais salir?
- ROD. Porque nadie debe oír  
nuestras palabras ahora.
- AUR. Dios mío! ¿Qué extraño afan  
os agita? ¿Es por ventura  
mi libertad impostura?  
Ah! No os vayais capitán;  
quiere volverme tal vez  
al tormento.
- ROD. Oid os digo:  
sois libre, y yo vuestro amigo.
- AUR. ¿Cabe entre el reo y el juez  
amistad? ¿Entre el verdugo  
y la víctima? Jamás

os conoceré por mas  
que por juez.

ROD. ¡Adios no plugo  
que fuese de otra manera!  
Mas acaso desde ahora  
varieis de opinion Aurora.  
(*Vuelve á don Cesar que permanece en pié junto á la  
puerta.*)  
Qué esperais vos? idos fuera. (*Váse D. César.*)

### ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

ROD. Nada receleis de mí  
pobre niña: en libertad  
estais: vuestra voluntad  
no tendrá ya coto aquí.  
Serenaos, pues; oidme  
Aurora, y por cuanto ameis  
ruégoos que me contesteis  
la verdad.

AUR. Pues bien, decidme  
vos en conciencia primero:  
¿mi libertad se medió  
con la de Gabriel? Si no  
es así yo no la quiero.

ROD. Solo depende de vos  
la libertad: si un secreto  
me aclarais vos, os prometó  
la libertad de los dos.

AUR. ¿Es mio solo el secreto  
qué me pedís?

ROD. Si, en verdad.

AUR. ¿Y vale la libertad  
de Gabriel?

ROD. Me comprometo  
á dársela.

AUR. Preguntad.

ROD. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado  
vivís?

AUR. Desde muy niña.

ROD. ¿Y qué memoria

- de vuestra infancia conservais?
- AUR. Apenas una vaga memoria me ha quedado de aquellas horas al pesar ajenas.
- ROD. No espero yo que recuerdeis la historia de vuestra infancia, cuya edad se olvida pronto y muy fácilmente con las penas ó los placeres de la inquieta vida; mas del lugar en donde habéis nacido, donde pasásteis los primeros años, tendreis alguna idea.
- AUR. Muy confusa, tal, que puedo decir que la he perdido mezclándola despues con mil estraños recuerdos posteriores.
- ROD. ¿De manera que imposible os será, pues lo rehusa vuestra memoria ya, la mas ligera noticia dar de vuestra edad primera?
- AUR. Tan imposible no: ¿quién en su mente á un recuerdo infantil no dá guarida? ¿Quién no vuelve los ojos tiernamente hácia las puertas de oro de la vida? ¿Quién no recuerda en ocasion alguna el pobre hogar ó la lujosa estancia, cuya techumbre guareció en su infancia el dulce sueño que gozó en la cuna?
- ROD. Vos recordais ese lugar?
- AUR. Sin duda; mas no por la virtud de mi memoria sola: tan fiel en esa edad no cabe tenerla: sé de mi infantil historia lo que fuí recordando con ayuda de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.
- ROD. Gabriel la sabe?
- AUR. Sí.
- ROD. Y os la ha contado?
- AUR. Incompleta.
- ROD. (Tambien la habrá engañado.) mas yo quiero saber solo la idea que háyais vos en la mente conservado.
- AUR. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.

- ROD. De qué?
- AUR. De mil objetos.
- ROD. Aunque sea en confusion decídmelos.
- AUR. Me acuerdo de una ribera donde yo cogía yerbezuelas y conchas: del rugiente mar, que sus ondas sin cesar mecía: de un monasterio triste y solitario fundado al pié de un monte: y vagamente me acuerdo de la iglesia, con su coroal emberjado, sus techos con pinturas, su altar lleno de flores, su sagrario iluminado con mecheros de oro; y me acuerdo tambien, porque me daban miedo, de las inmóviles figuras de mármol que tendidas reposaban encima de sus anchas sepulturas.
- ROD. Qué monasterio era ese?
- AUR. Era un convento de monjas.
- ROD. Qué país?
- AUR. No lo he sabido nunca.
- ROD. ¿Jamás Gabriel os ha contado lo que haciais allí? ¿quién conducido os habia á aquel claustro?
- AUR. No ha querido decírmelo jamas: sé que aposento tenia allí mi madre y que he pasado los tres primeros años de mi vida allí.
- ROD. Con ella?
- AUR. Sí.
- ROD. ¿De vuestra madre os ha hablado Gabriel?
- AUR. Mil y mil veces.
- ROD. La recuerda á menudo?
- AUR. No la olvida jamas: y sé que en sus nocturnas preces la reza como á mártir.
- ROD. ¿Sabeis de ella

- AUR. la historia, el nombre, la familia? **Nada.**  
Sé que fué un dia festejada y bella  
y luego escarnecida y ultrajada.  
Sé que el relato de su triste historia  
es una horrible é inférral leyenda,  
que conserva Gabriel en su memoria  
de expiación y de venganza prenda.
- ROD. ¿Y qué es lo que sabéis de ese relato  
vos?
- AUR. Yo, nada tal vez y acaso todo;  
porque sus hechos sé, mas nunca supe  
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.
- ROD. Pero en fin, qué sabéis de vuestra madre?
- AUR. Sé que era noble dama: que vivía  
en la corte de un rey á quien la unía  
una amistad profunda y verdadera:  
que era para aquél rey casi una hermana  
pues juntos cuando niños se criaron  
y fraternal amor constantemente  
uno á otro los dos se conservaron.  
Sé que era cuanto rica generosa,  
y que el encanto de las gentes era  
por su virtud y ciencia prodigiosa:  
que el vulgo la quería,  
la corte la admiraba  
y con ella secretos no tenía  
el rey que como hermana la trataba.
- ROD. Mas ese rey...?
- AUR. Murió.
- ROD. Cómo?
- AUR. En la guerra:  
y concluyó con él su dinastía,  
y otro rey vino á gobernar su tierra,  
y á otras manos pasó su monarquía.  
Y vuestra madre entonces...?
- ROD. Fué mirada  
AUR. como enemiga del monarca nuevo,  
y al fin de algunos meses acusada  
de traicion: por diabólica su ciencia  
tomaron y la diéron por culpada,  
diciendo que hizo creer que el rey vivía

no sé á quien, á favor de un sortilegio  
mostrando á sus conjuros evocada  
la aparicion de su fantasma régio.

ROD. Y despues?  
AUR. Oh! Despues... eso es lo horrible

de la historia, señor. Se apoderaron  
de ella de su palacio, de su hacienda,  
los vendieron, sus armas infamaron,  
y ocupó un estrangero su vivienda,  
y su nombre y su raza se olvidaron.

ROD. Y ella?  
AUR. Como las hojas del otoño  
despareció de encima de la tierra,

y en ella, mas los hombres no pensaron  
solo pensando en libertad y guerra,

ROD. Pero vos...?  
AUR. No lo sé... sé que mi madre  
pobre, friste, ofendida y no vengada,

en aquel solitario monasterio  
tegia su existencia desdichada,  
y yo existia ya, bajo el misterio  
de aquellas santas bóvedas velada.

ROD. Y luego?  
AUR. No sé mas.  
ROD. ¿Gabriel no os dijo

nada de vuestro padre?  
AUR. Le tenia  
siempre por padre á él, y él me queria,  
mas que el padre mejor quiere á su hijo.

ROD. Pero como supisteis..?  
AUR. En su sueño

sorprendí su secreto: y como me era  
necesario su amor de una manera  
ú otra, el amor filial hallé pequeño,  
y del amor de la muger y el niño  
formé para Gabriel solo un cariño.

ROD. Pero al saber que vuestro padre no era,  
no preguntásteis vos?  
AUR. Quien era el mio?

ROD. Y qué dijo Gabriel?  
AUR. Que él lo sabia:  
mas que de él á acordarme no volviera.

- porque mi amor filial no merecia.  
Rod. Siempre merece un padre.  
Aur. No do ha sidó b  
jamás el mio para mí.  
Rod. Aurora!  
Aur. ¿Creeis que una razon me fué bastante  
para echar su memoria en el olvido?  
Insistí, porfié, lloré, y ahora  
sé que nunca mi amor ha merecido.  
Sé que me echó á la vida despojada  
de su nombre, y sin pan y sin abrigo  
sé que dejó á mi madre deshonrada  
en medio de la tierra abandonada  
para llorar y perecer conmigo.  
Rod. Y creeis á Gabriel?  
Aur. Qué si le creo?  
Es la verdad del Cielo descendida:  
su palabra es mi fé, y en esta vida  
por su fé juzgo, por sus ojos veo.  
Rod. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono  
de vuestro padre?  
Aur. Nada: y si lo hubiera  
yo sé bien que Gabriel me lo digera.  
Rod. Es decir...?  
Aur. Que es mi padre y le perdono,  
como amor exigir de mi no quiera.  
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,  
de Dios le aguarda ante el escelsó trono:  
yo á quien solo dió el ser, nada le pido:  
pero como él nos olvidó le olvido,  
como él me abandonó yo le abandono.  
Rod. Vive pues?  
Aur. No lo sé.  
Rod. Mas si viviera?  
Aur. Como él no me buscó, no le buscara.  
Rod. ¿Y si una vez en la vital carrera  
con él os encontrarais?  
Aur. Le mirara  
sin ira, mas la espalda le volviera.  
Rod. Y si al veros partir él os llamara?  
Aur. De su paterna voz no hiciera caso.  
Rod. Y si llorando el miseró os siguiera?

AUR. Apresurara sin volverme el paso.  
ROD. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera de los vestidos él.

AUR. Los rasgaría dejándole en la mano los pedazos.

ROD. Y si os tendiera sus paternos brazos?

AUR. Su abrazo paternal rechazaría.

ROD. Por qué?

AUR. Por que mi padre todavía no ha ido á orar sobre la tumba oscura de mi madre, y Gabriel me dijo un dia que al querer abrazarnos se abriría entre mi padre y yo su sepultura.

ROD. Fatal superstición!

AUR. Tal es la mía.

ROD. Tal es la ira de Dios. Es un misterio impenetrable. Satanás me ciega sin duda y nunca á comprenderle llega mi corazon ansioso.

AUR. He respondido á cuanto preguntarme habeis querido, Señor; á vos os toca.

ROD. Si, á fé mia! Vais á ver á Cabriel. (Oh! si: yo quiero apurar este cáliz de agonía.)

(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:)

AUR. Libres al fin... para Gabriel ahora libre será mi corazon entero.

### ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

ROD. Espinosas (A Gabriel)

GAB. Héme aquí.

AUR. (Viendo á Gabriel.) Gabriel!

GAB. (Abrazándola.) Aurora!

AUR. Infeliz! Quién aquí te ha conducido?

AUR. La libertad, Gabriel: libres estamos, y cual juntos aquí nos han traído juntos espero que de aquí partamos.

- GAB. Santillana! (*Pidiendo esplicacion de estas palabras de doña Aurora.*)
- ROD. Leed. (*Dándole la órden de su libertad.*)
- AUR. ¿Vés?
- GAB. (Lo comprendo, todo. La agitacion de don Rodrigo, de mi Aurora infeliz la fe tranquila. He aquí el instante para mi tremendo! La hora del martirio y del castigo. Señor, Señor... mi espíritu vacila: sostenedme hasta el fin... sed vos conmigo!)
- AUR. Qué te agita Gabriel?... tu faz sombría tu palidez....
- GAB. Un poco conmovido estoy; y es natural Aurora mia. Y tambien vos estais descolorido Santillana...
- ROD. Espinosa, concluyamos. Yo os llamé...
- GAB. No os canseis: el por qué entiendo. A solas con Aurora habeis hablado?
- ROD. La historia de su madre me ha contado.
- GAB. Solo para que á vos os la contara se la he contado yo.
- ROD. Toda pretendo saberla pues.
- GAB. Curiosidad avara!
- ROD. Pero que vos satisfareis.
- GAB. Sin duda; mas puédeos ser satisfaccion muy cara: porque os advierto, juez, que he observado que mis satisfacciones y respuestas, por mas que yo riendo os las he dado han sido siempre para vos funestas!
- ROD. Hablad... hablad.
- GAB. Si os empeñais en eso! mas despues de tres meses de proceso no sé como no estais escarmentado de interrogarme ya.
- ROD. Siempre lo mismo! acabemos Gabriel.
- GAB. Si, concluyamos:

- hora es de penetrar en este abismo.
- ROD. Descender quiero á él.
- GAB. Y yo os prometo que lo hareis: el momento es oportuno.
- ROD. Decid, pues:
- GAB. Esperad, que este secreto os pertenece á tres, y falta uno. Llamad al capitán que con vos debe penetrarle tambien.
- ROD. (*Llama y sale un alguacil.*) Ola! don César.
- AUR. ¿Qué tienes Gabriel mio. En tu semblante en tus palabras y ademanes noto siniestra agitation.
- GAB. Aurora mia, tu corazon amante por mí no téngá la inquietud mas leve; á mis pesares Dios hoy pondrá coto y ambos tendremos libertad en breve. ¿Tu no te olvidarás desde este dia de tu Gabriel?
- AUR. Jamas. Eso preguntas?
- ROD. Juntas caminarán nuestras dos vidas, nuestras almas á Dios subirán juntas.
- GAB. Sí; ni la muerte las podrá un instante mantener una de otra divididas.
- AUR. Dios! A qué mientas la muerte ahora?
- ROD. Ya está aquí el capitán.
- GAB. Silencio, Aurora.

### ESCENA IX.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL, DON CESAR.

- GAB. Ola! Sed capitán muy bien venido. Voy muy pronto á emprender un largo viage y un encargo dejaros he querido.
- CESAR. Un viage!
- GAB. Sí; estoy libre: me parece que el portador de la órden habeis sido.
- CESAR. (*Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.*)
- GAB. Decidme capitán: ¿me habeis traído un pliego de Madrid?

- CESAR. Tomadle.
- GAB. Bueno: guardadle por ahora. En esa carta de un gran misterio encontrareis la llave. (A D. Rodrigo.) Vos sois algo curioso y no me fio de vos: sois padre y juez; os la confío capitan solo á vos. Cuando yo parta, dádsela á vuestro padre y que la lea. Me entendeis? Cuando parta: que no sea ni un solo minuto antes.
- CESAR. Os lo juro.
- GAB. Vuestra palabra sola es buen seguro. Además, por si acaso no volvemos á vernos, pues yo parto con Aurora del mundo terrenal á otros extremos, quiero un regalo haceros en memoria de nuestro buen encuentro en esta vida, que os será complemento de mi historia, y prenda de amistad y despedida. (Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.)
- ROD. (Esa calma satánica me aterra.)
- AUR. (Tiemblo no se por qué.)
- CESAR. (No es ser humano quien así se despide de la tierra.)
- GAB. Tomad. Es, capitan, un amuleto sagrado: don del Papa: un relicario que un *lignum crucis* venerando encierra y guarda como el pliegó otro secreto. Con el respeto mismo que á un sagrario contempladle, y lo mismo que la carta se le dareis al juez. Cuando yo parta. (A don Rodrigo.) Abridle solo vos: es mi conciencia y Dios solo con vos sondarla debe; en ella echad una ojeada breve y reconocereis la omnipotencia. (Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana esperad á que muera, Santillana.) Eal ya que se acerca mi partida escuchad, señor juez el cuento extraño que queriais saber, y por mi vida que oireis una historia divertida.

ROD. (Yo tiemblo.)  
GAB. Oidme pues. La escena pasa,  
no importa el día, la estación, ni el año,  
de noche, en Setubal, y en una casa  
(Cielos!)  
ROD. Temblando estais si no me engaño  
GAB. Santillana.  
ROD. Seguid.  
GAB. En hora buena  
En una alcoba cómoda, alumbrada  
por una lamparilla perfumada  
con asiático aroma, bien agena  
el alma de inquietud y bien guardado  
por leales domésticos, el dueño  
de aquella rica estancia descuidado  
yacía en brazos de agradable sueño.  
Era un hombre harto noble y poderoso,  
para que no tuviera por asilo  
muy seguro su casa, y al reposo  
se entregaba en su cámara tranquilo.  
Una noche creyó sobresaltado,  
á pesar de lo doble de la alfombra  
pasos del lecho percibir al lado  
abrió los ojos y miró espantado  
trazarse en la pared movable sombra:  
volvió la faz y con la faz de seda  
se tropezó de un hombre enmascarado.  
Frio quedó, como el cadáver queda  
«Levantaos.»—Le dijo con acento  
impenioso el incógnito: y vistióse  
la bata que él le daba. «A ese aposento  
salid.» Obedeció y enfrente ballose  
de dos hombres plantados á la puerta  
una dama como ellos encubierta  
y un sacerdote pálido, y tenaces  
sintió pesar sobre su frente yerta  
las miradas ardientes y voraces  
lanzadas á su frente descubierta,  
á través de los negros antifaces.  
Entonces de estos hombres el primero  
de la sombría dama el yelo alzando  
«La conocéis?» le dijo; y él temblando

- «Sí.» respondió: «Pues bien, sed caballero»  
repuso el disfrazado; y avanzando  
el grave sacerdote se dispuso  
á unirle con la dama en matrimonio,  
mientras el de la máscara se puso  
á escribir en silencio el testimonio.  
El despertado resistirse quiso:  
pero su daga el disfrazado al pecho  
le presentó y ceder le fué preciso;  
firmó, y el matrimonio quedó hecho.  
Partió la dama y los demás con ella:  
mas quedose el primer enmascarado  
y dijo gravemente al despertado:  
«teneis una muger ilustre y bella,  
«gracias á mí y á vuestra buena estrella»  
«que os hizo viude para ser casado,  
«la quitásteis la honra y habeis dado  
«nombre á sus hijos: mas seguid su huella  
«y moris, os lo juro! asesinado.»  
Dijo así el de la máscara y partióse  
con los demás; y de la casa el dueño  
en medio de la cámara quedóse  
dudando si era realidad ó sueño.
- ROD. Tremenda realidad.
- GAB. (*Apartándole á un lado.*) Sí, don Rodrigo,  
la dama doña Inés: vos el casado.
- ROD. Y vos, señor!
- GAB. El hombre enmascarado.
- ROD. Tal vez Dios permitió...
- GAB. Lo habeis soñado.
- ROD. Y si el sueño es verdad?
- GAB. Silencio digo.  
Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;  
Sueño ó verdad que sepultados sean  
con vos el sueño, la verdad conmigo.
- ROD. Pero mi alma concibe en este punto  
que ese arcano fatal guardar podría  
una verdad.
- GAB. Os digo que era asunto  
concluido. Escuchadme: Si yo fuera  
el rey don Sebastian, morir debía  
por la quietud del reino y mi alma entera

ser mártir á ser rey preferiría.  
Si soy un impostor y perjudico  
con mi existencia la quietud de España,  
debo morir tambien: debo una hazaña  
de mi impostura hacer y sacrificio  
mi vida á sostener esta patraña  
que mi historia desde hoy hará famosa.  
Me comprendéis?

ROD. Señor, yo no me atrevo  
dudando.  
GAB. Ahogad la duda: morir debo  
sino por Sebastian, por Espinosa:  
y deben sepultarse, don Rodrigo,  
con vos el sueño, la verdad conmigo:  
No lo olvideis. (*Vuelven al centro de la escena.*)

AUR. ¿No sigues tu leyenda  
Gabriel? No está acabada.

GAB. No por cierto:  
para leer su conclusion horrenda  
de vuestros ojos quitará una venda  
el juez cuando haya el relicario abierto.

### ESCENA X.

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO, DON CESAR, EL DUC-  
TOR N, ALGUILLES. *A la parte exterior de la puerta sol-*  
*dados. Despues el verdugo.*

ALG. Las seis.

GAB. Partamos pues.

AUR. Virgen María!  
Gabriel, qué es esto?

GAB. Mi destino Aurora.

AUR. Tu destino!.. ni mente se estravía!

ALG. El verdugo del rey. (*Anunciando.*)  
(*Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.*)

AUR. Dios mío! ahora  
lo comprendo!.. ay de mí.... (*Se desmaya en los bra-*  
*zos de don Cesar que la coloca en el sillón.*)

CESAR. Miserable!

GAB. El día  
concluye: vamos pues: me faltaría

valor para dejarla si volviera en sí. Pronto, marchemos

DOCTOR. (A Gabriel, poniéndose á su lado.) Vos conmigo.

GAB. Es inútil.

DOCTOR. Mirad.

GAB. Todo es en vano

DOCTOR. Sin confesion ireis?

GAB. Há que os lo digo  
cuatro semanas ya.

DOCTOR. No sois cristiano?

GAB. Porque lo soy si á confesarme accedo  
os tendré que decir lo que no puedo.

Velad por ella, capitan: se encierra  
en ella sola cuanto amé en la tierra.

ROD. Señor...

GAB. No os fatiguis: empresa es vana.

Llegó, rey ó impostor, mi último dia

y moriré cual debo, Santillana.

Si impostor, con impávida osadía,

y si rey, con fiera soberana, (*Váse y todos tras él.*)

### ESCENA ULTIMA.

D. RODRIGO, DOÑA AURORA, D. CESAR.

ROD. A concebir mi mente no se atreve  
de la verdad el espantoso arcano.

Por ser y por no ser perecer debe,

si: pero no mi desdichada mano

á ciegas al patíbulo le lleve.

Cesar, dame esa joya.

CESAR. Cuando muera.

ROD. Sepamos antes la verdad entera,

Cesar.

CESAR. Padre, escusad vana porfia;

con su secreto perecer quería

y he de cumplir su voluntad postrera.

ROD. Cesar!

CESAR. Se lo juré.

AUR. (*Volviendo en sí.*) Ay ¿quién hablaba  
aquí? Sois vos don Cesar? Que terrible  
pesadilla!

CESAR. (Ap.) Infeliz!  
AUR. Si, yo soñaba  
sin duda. ¿eran quimeras! Mas... ¡qué horrible  
sospecha! ese silencio... esa tristeza.  
Qué sucede? ¡ay de mí! los pensamientos  
no acierto á combinar en mi cabeza.  
Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos  
hace.—Y Gabriel? decid; donde está ahora?  
Dónde está? yo he soñado que venian  
por él. Mas, ¿qué rumor!

(Ruido de voces dentro: doña Aurora se abalanza á dá  
ventana, que abre, á pesar de don Cesar que intenta  
impedírselo.)

CESAR. Tened, Aurora:  
tened, no os asomeis.

AUR. Ah! me querian  
engañar. (Se asoma.) Allí va.—Luces, soldados,  
gente... ¡ay! yo veo pero no concibo  
lo que veo... me envuelve el pensamiento  
una niebla, un vapor calenturiento  
y no sé comprender lo que percibo.  
Allí va.—¿Pero donde se le llevan  
sin mí? Se paran... ¡el afan me ahoga!  
¿Qué palos son aquellos que se elevan  
allí? quién es aquel que con él sube?  
Qué le ponen al cuello?... Es una soga.  
Dios mio! rasga la sangrienta nube,  
que me ofusca la mente... un sacerdote.  
¡Ah le van á matar... ¡Desventurados,  
deteneos...! ¡Gabriel... ¡Y yo insensata  
que lo miraba estúpida! Malvados,  
tened... las manos sin oirme le ata...

(Volviéndose de repente á don Rodrigo.)

peró vos ¡miserable! que sois hombre  
venid... gritad... gritad, alma cobarde  
conmigo... Deteneos!—Santillana,  
gritad: á mí no me oyen ¡en el nombre  
de Dios! gritad... le quitan la escalera.  
gritad.

ROD. Sí, que se salve aunque yo muera.  
(Se acerca á la ventana y grita.)  
en el nombre del rey!...

- AUR. Ay! es ya tarde!  
(*Cayendo de rodillas junto á la ventana.*)
- CESAR. Tomad: sepamos la verdad postrera.  
(*Dando el relicario á don Rodrigo.*)  
(*Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don Cesar. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee don Rodrigo es el papel del relicario: despues registra con ansia los papeles del pliego, y despues desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitacion y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca despues al grupo que forman don Rodrigo y don Cesar.*)
- ROD. (*Leyendo.*) «En el nombre de Dios.—Quien quier que fueres juez, sacerdote ó asesino, pena de ex-comunion, despues que le leyeres arroja al fuego este papel. El muerto ha sido el rey don Sebastian.
- AUR. A buena hora lo ves imbécil asesino!
- ROD. Mi firma.—Una escritura... mi contrato  
(*Registrando el pliego.*)  
de boda... y esta doña Inés Aldino,  
(*Desenvuelve el retrato.*)
- AUR. Mientes! es de mi madre ese retrato. (*Quitándoselo.*)
- ROD. Hija mia! (*Tendiéndola los brazos.*)
- AUR. (*Rechazándole.*) ¿Tu hija?.. eso tan solo me faltaba.—Hija tuya!—Alucinarme quieres con ese nombre! mas el dolo miserable comprendo: no lo intentes. Tú no has podido la existencia darme: mientes, viejo feroz: dime que mientes. Tú para que su muerte te perdone me llamas hija tuya: mas te engañas: nada hay en mí que tu maldad abone, para tí solo hay odio en mis entrañas.
- ROD. Hija mia! (*De rodillas.*)
- AUR. Otra vez!—No me lo digas, no me lo espliques: comprender no quiero que el ser infame que en tu seno abrigas me pudo dar el ser: muerta primero.
- ROD. Calla, hija mia! (*Asiéndola del vestido.*)

AUR. Suelta, no me sigas.

ROD. Huyés de mí!

AUR. Por siempre.

ROD. Me abandonas?

AUR. Como á mi madre tú.

ROD. ¿Nada en mi abono te dice el corazón?—Que me perdonas dime.

AUR. Mi madre contra tí ante el trono de Dios venganza pide.

ROD. Horrendo encono!

AUR. Si eres mi padre tú ¿porqué te estrañas del infernal rencor que arde en mis venas? La que tiene tu sangre en sus entrañas sólo puede tener sangre de hienas. Suéltame, pues, de tu sangrienta mano. Mi padre era Gabriel y su asesino y el de mi madre tú.

ROD. Pero el destino

AUR. *(Desprendiéndose de él.)* Lo intentarás en vano: muerta mejor que á tu existencia unida. Reniego, huyo de tí; mi ser olvidado y el nombre de hija que tan mal empleas: y ¡ojalá que infeliz como ellos seas, y, ojalá en mi lugar, fiero homicida, de mi madre y Gabriel junto á tí veas la doble aparición toda tu vida!

*(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don Cesar la sigue tristemente. Caen el telon.)*

FIN DEL DRAMA.

FE DE ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
4	37	caballos:	caballos
19	19	hombre agravio	hombre un agravio
22	42	pasan	pasad
51	4	piso	pico
55	42	Mira-Alba	Mari-Alba
57	21	en ella comido	en ella he comido
62	7	estremece	enternece
71	12	de Santillana	desventurada!
74	23	espante	humille
76	20	conmigo	D. Rod. Conmigo
Id.	21	D. Rod.	GABRIEL
Id.	22	vuestros	D. Rod. Vuestros
79	6	partiré con media	partiré media
Id.	9	del rey	el rey



















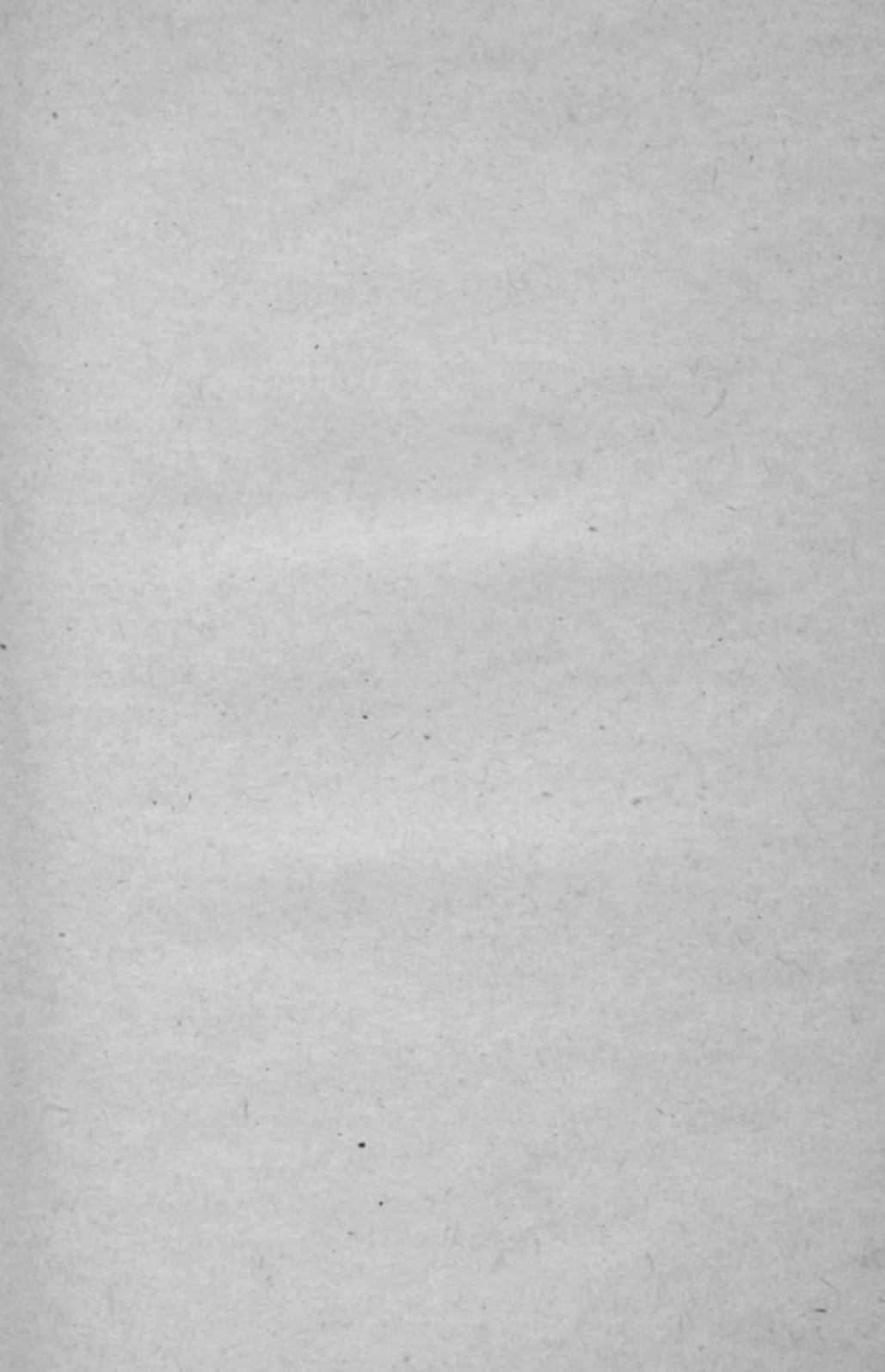
































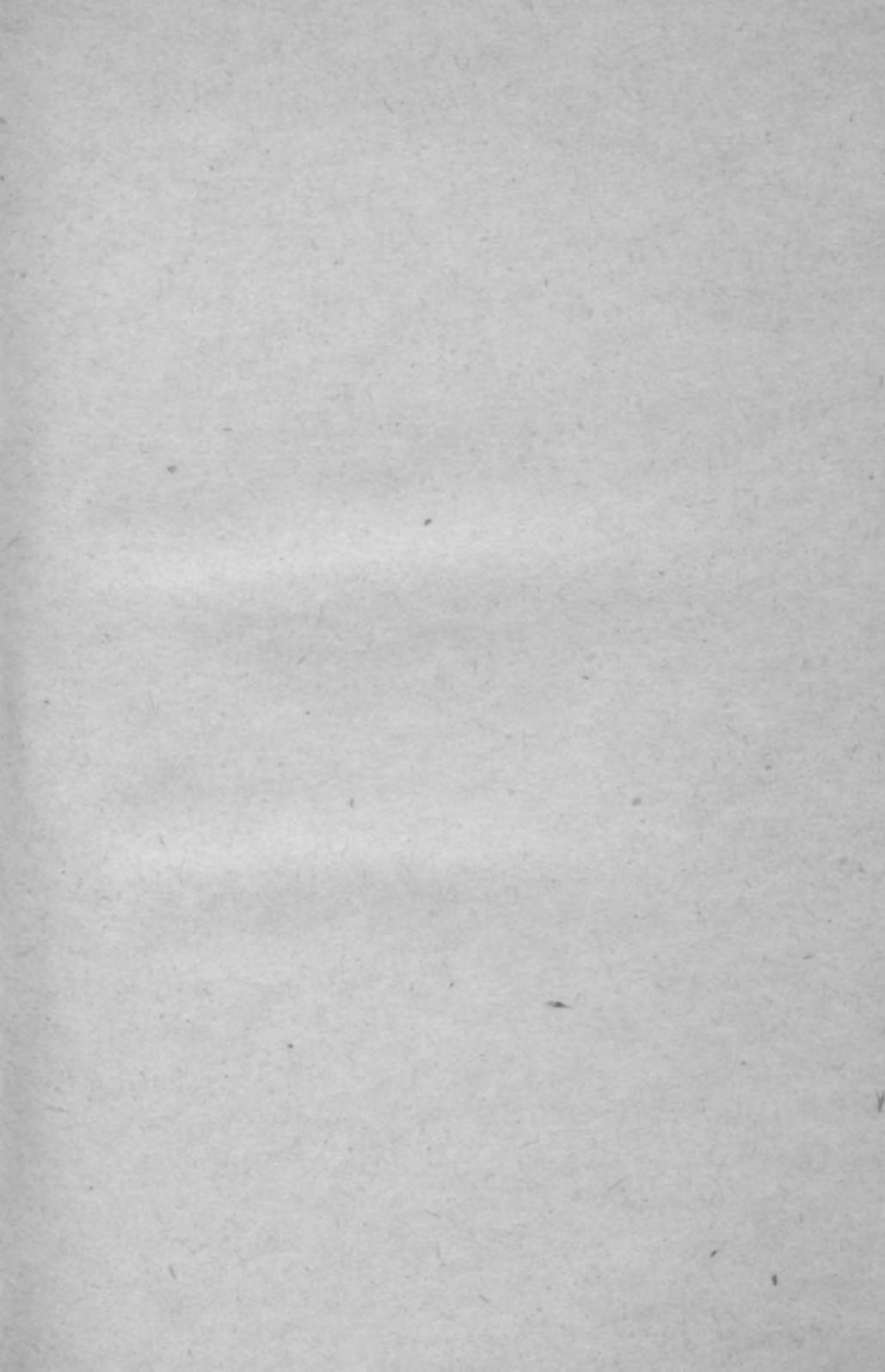


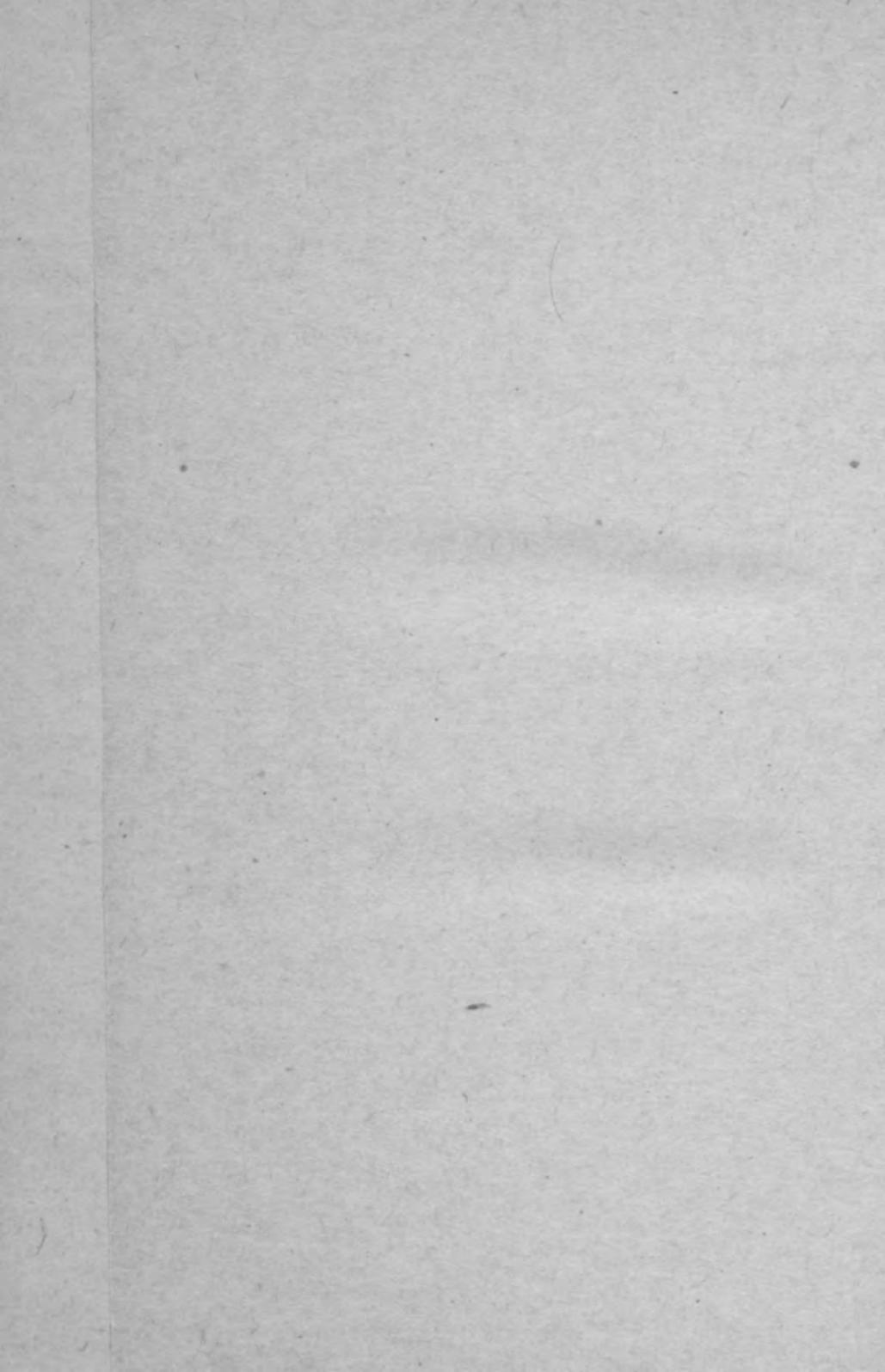


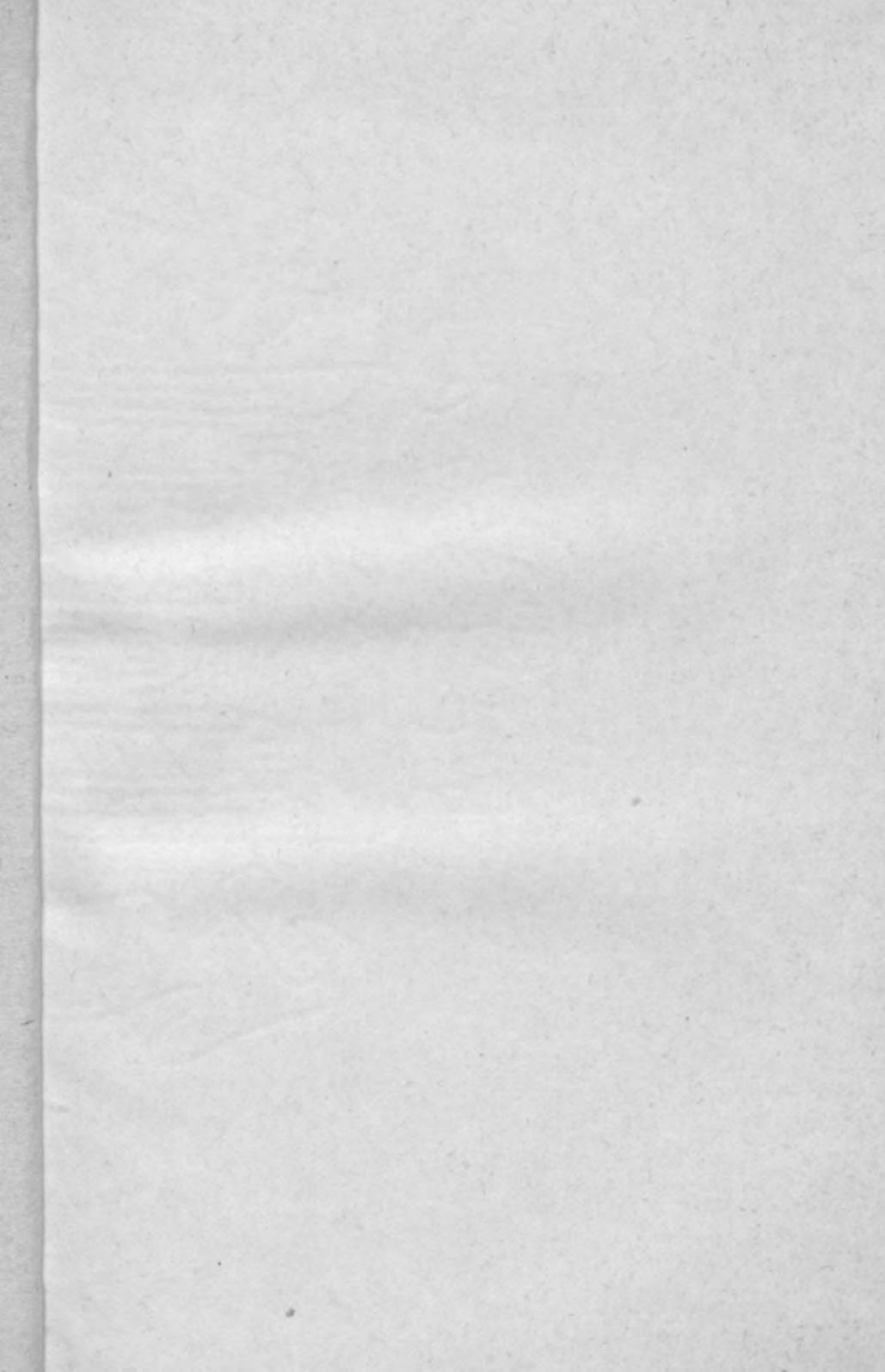




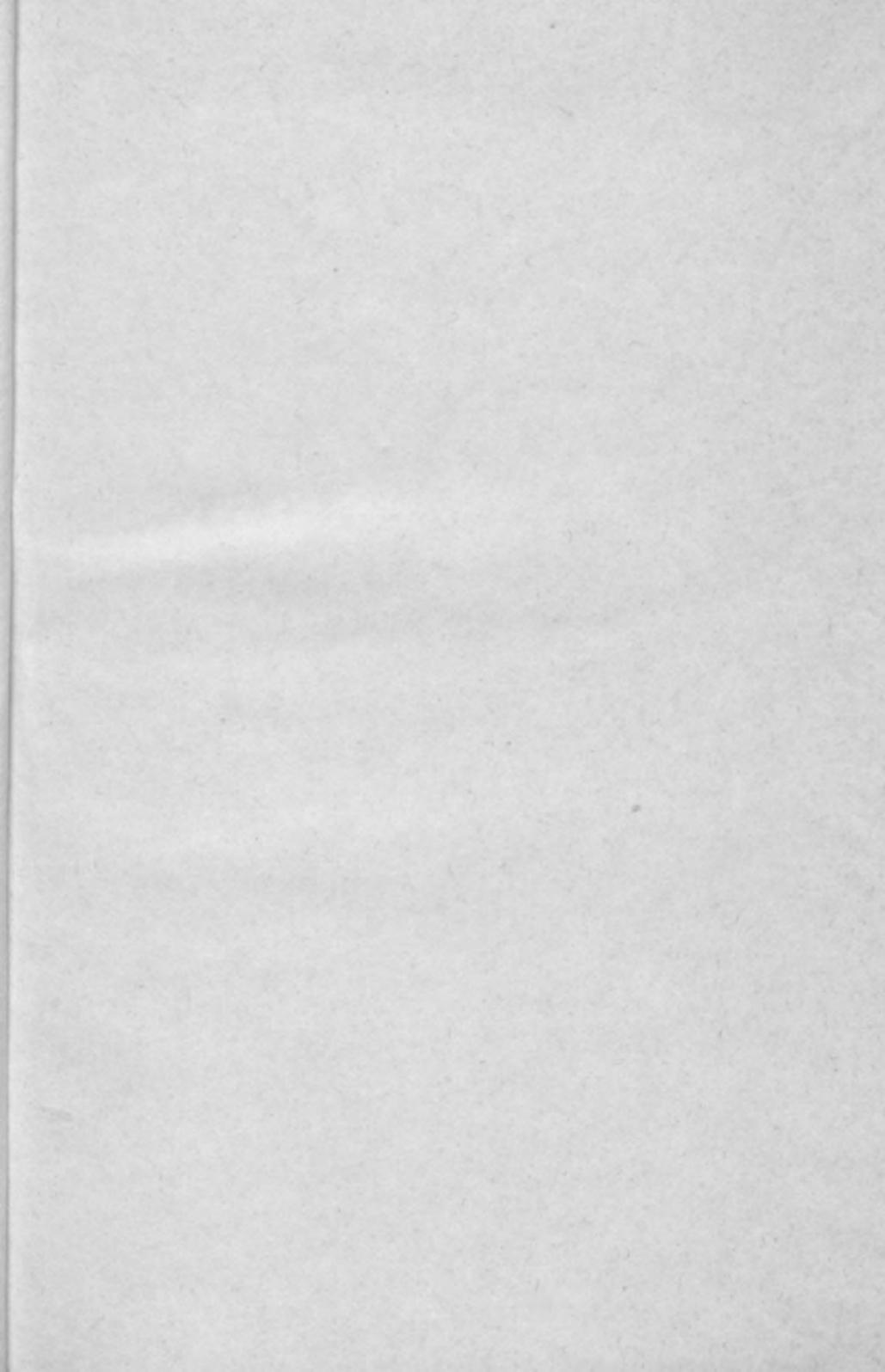


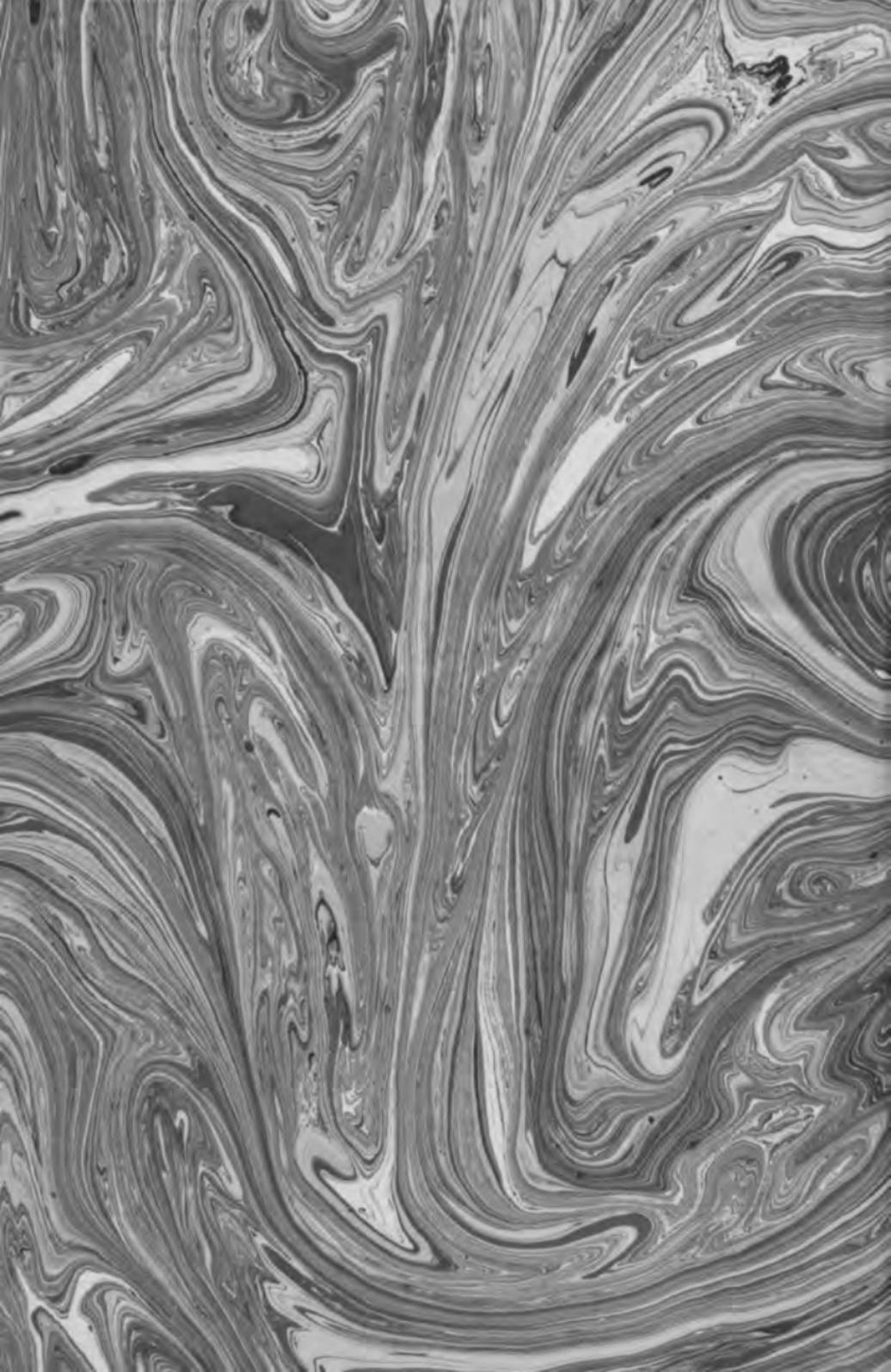


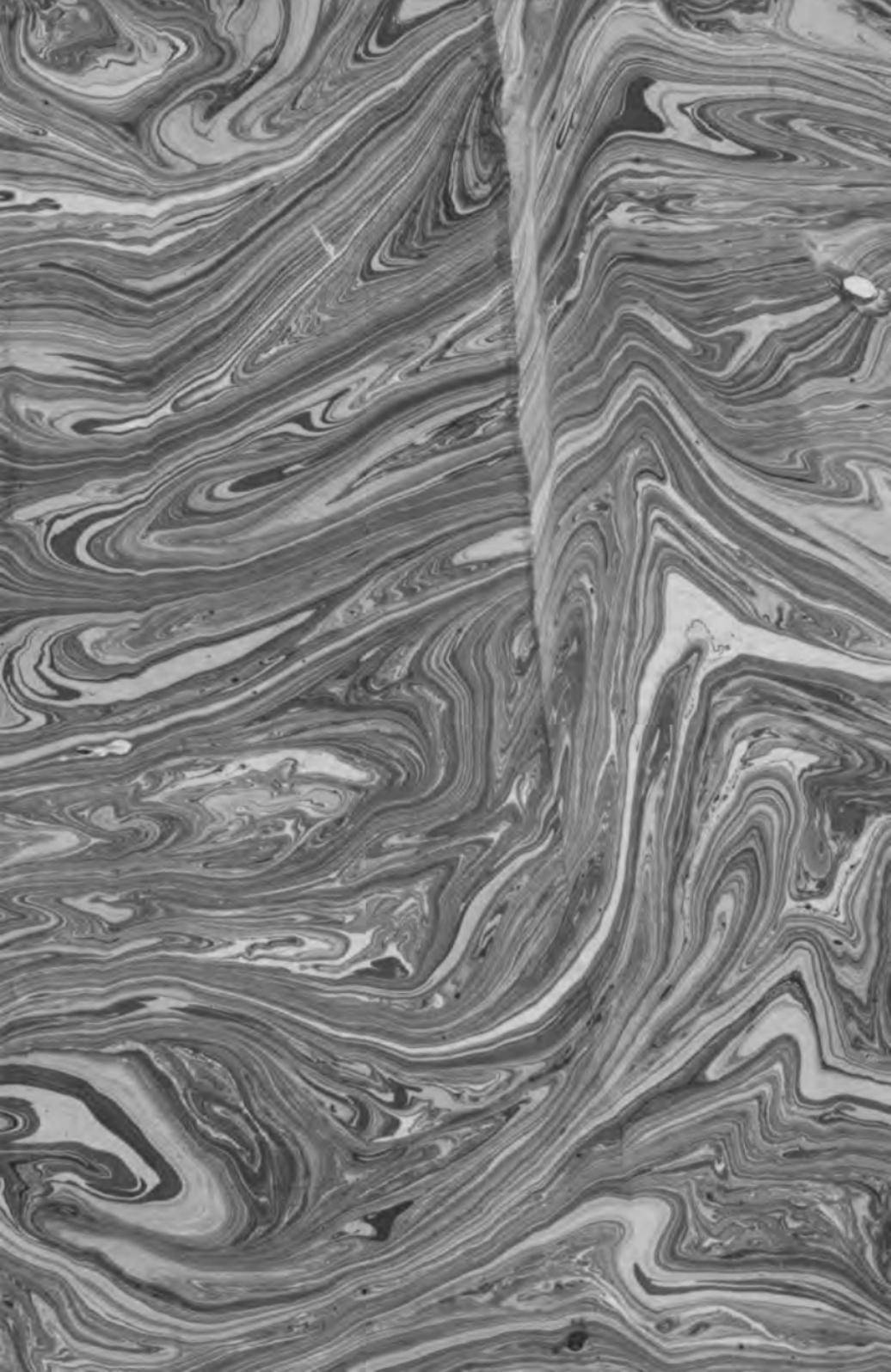














G600913

